

CRISTIANDAD

N^{os}. 724-727
SEPBRE.-DICBRE. 1991
AÑO XLVIII

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

Ignacio M^a Serra Goday, artista cristiano

Editorial

Fallecimiento del académico Ignacio Serra Goday

Juan Bassegoda

Fragmento del Discurso en el acto de ingreso en la Academia de Sant Jordi
Ignacio M^a Serra Goday

La revolución francesa y la constitución civil del clero

Narciso Torres (t)

¿Habrá paz y bienestar para los pobres?

Gerardo Manresa

En Angelus en la cruzada de Belgrado

José Manuel Moro

La esperanza en el triunfo del Corazón Inmaculado de María

Manuel M^a Doménech

Beato in pectore

Tommaso Ricci

Crónica del III Congreso de la SITA

José M^a Romero

ADMINISTRACION

Durán i Bas, 9, 2^o

08002 BARCELONA

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano

Imprime: Gráficas Fomento

Peligro 8, Barcelona

Depósito Legal: B-15860-58

IGNACIO M^a SERRA GODAY, artista cristiano

Quien ha ojeado siquiera la revista CRISTIANDAD ha visto sus artículos, sus trabajos históricos, sus documentaciones, profusamente ilustrados con los excepcionales dibujos de Ignacio María Serra Goday. De manera anónima unas veces, con las iniciales "S G" la mayoría de las veces o con nombre completo y año de la ilustración, en otros casos, nuestro dibujante iba dejando su impronta artística por toda la revista. Como si el carácter unitario de la intención de la revista —*plura ut unum*— que inspira los diversos trabajos, recibiesen también la unidad artística de sus páginas de la mano de este maestro de la pintura y de la pluma. CRISTIANDAD guarda en sus archivos —en los clásicos clisés o los modernos fotolitos— la variada obra a pluma de nuestro entrañable compañero, como el testamento espiritual del que ha de considerarse el más asiduo colaborador de la revista, desde su fundación en abril de 1944. Apenas hay un solo número, de los más de quinientos aparecidos, en que esté ausente de sus páginas el trazo nítido, expresivo, firme y a la vez delicado de Ignacio María Serra Goday.

Este verano —el 29 de julio, en las vísperas de su santo patrón— Dios ha querido llevárselo junto a Sí, para que pueda contemplar su rostro "cara a cara", quien tantas veces dibujó el rostro de Jesús, de María, de José, de tantos santos y hombres de Dios, los que le habrán recibido ahora en la CRISTIANDAD celeste como culminación de su itinerario artístico, espiritual, hacia la Suma Bondad y Belleza.

En este número, primero que aparece después de su tránsito, queremos rendir un homenaje al que estuvo siempre dispuesto, con perenne juventud, a colaborar en el enriquecimiento de la presentación —el formato, la distribución armónica y la elegancia de sus logotipos son, desde el primer número, el resultado de su exquisita colaboración con la primera generación de redactores— o en la atractiva sugerencia de la imagen, llegando con ella, tantas y tantas veces, más allá de lo que las palabras podían expresar.

No es fácil recoger en un solo número siquiera sea un pequeño bosquejo de tan amplia producción. Pedimos a nuestro lectores que tengan en su memoria las preciosas imágenes aparecidas en la revista: el adorable rostro del Sagrado Corazón, o la majestad de Cristo Rey; la

sin igual dulzura y pureza de María, sola, o con el niño Jesús, o en el celestial gozo de tantas Inmaculadas, Asunciones, etc.; las riquísimas y entrañables Sagradas Familias, los Nacimientos, las Adoraciones de pastores y Magos, etc. etc., auténticas joyas que han salido de la mano —y del corazón— de Serra Goday y han ido a engarzarse cual piedras preciosas en las páginas de nuestra revista.

Fue maestro no sólo del retrato sino también de las composiciones con pluralidad de personajes admirablemente dispuestos. Todo según lo pedía el discurso de las palabras del texto escrito, a las que Serra potenciaba con su dibujo. Los que hemos confeccionado alguna vez la maqueta de la revista sólo teníamos un problema: que hubiera lugar material para poner la ilustración. Después ésta brillaba, incluso, por sí sola, cual trabajo intelectual con su expresivo mensaje cristiano.

La tarea de Ignacio María Serra Goday ha sido desinteresada, constante, pronta, como quien tiene siempre a punto el espíritu para “materializarlo” en la obra de arte. Hay que destacar que con reiterada humildad —como los artistas medievales— ha dibujado en CRISTIANDAD —y “por encargo”—, *todo* lo que le hemos pedido, todo lo que la múltiple faceta de CRISTIANDAD requería: figuras de santos, de hombres políticos, de militares, de filósofos; pasajes de la vida de Jesús, o hechos políticos, o escenas militares, o perspectivas de ciudades, o célebres monumentos, fuesen iglesias famosas, renombradas catedrales, sencillas capillas, etc. En fin, será difícil que haya un aspecto importante de la vida cristiana y de la historia que Serra no hubiese plasmado con su seguro trazo, sin la menor falla, con una tremenda expresión. Y todo ello sin exageración, sin desmesura. Serra Goday era un clásico, pero con más interioridad, dulzura y expresividad que los clásicos.

Otras revistas, afines a nuestro ideal, han reproducido, en muchas ocasiones, algunos magníficos dibujos de nuestro artista y creemos que esta especial “copianidad” desde CRISTIANDAD hacia otras revistas responde, sin derechos de autor, a una natural difusión del bien universal que, sin duda, respiran todos sus dibujos y que él compartía como atributo principal del arte. Estamos seguros de que continuará esta difusión, así como reiteraremos esta obra de propagación católica en nuestras páginas de CRISTIANDAD después de su ausencia que, de este modo, será reiterada presencia. Es demasiado valioso el trabajo personal, el dibujo *ad hoc* realizado por Ignacio María para que pueda ser sustituido, pues tanto por su clasicismo como, sobre todo, por su calidad; su obra será perenne, como el mejor arte religioso.

Si en “su” revista CRISTIANDAD ha dibujado al servicio de la doctrina católica, en su obra pictórica realizada en grandes y, a la vez, transparentes —por su delicadeza— pinturas en la antigua Iglesia de Tiana y en la Cartuja de Montealegre, ha estado al servicio de la piedad de los transeúntes fieles, en un caso, o de los enclaustrados monjes cartujos, en el otro. Sobre esta dimensión más notoria, se centran los elogios de la crítica artística a los que se hizo acreedor, y en los que se concretaban inmediatos proyectos. Cabe dar a conocer a nuestros lectores que Serra Goday —en plenitud de facultades artísticas y de entusiasmo— se disponía a emprender las pinturas del ábside de la admirable iglesia barcelonesa de la Concepción —su parroquia—, en cuyos muros góticos iba a fijar su delicada obra al servicio de la piedad de los fieles y del honor del templo de Dios.

Del valor de su trabajo como artista-arquitecto, han dado fe sus cargos de responsabilidad en el embellecimiento de nuestra ciudad de Barcelona —museos, monumentos, trabajos arqueológicos o restauradores—; sus realizaciones barcelonesas y de otras poblaciones españolas y aún del extranjero, cuya calidad fue glosada por su amigo el catedrático D. Juan Bassegoda Nonell en las páginas del periódico

LA VANGUARDIA y del ABC de Madrid. El reconocimiento de la calidad de esta tarea y la consagración de la misma quedaron plasmados con la elección de Serra Goday como miembro de la Real Academia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi. En el discurso de ingreso que leyó para esta ocasión —nada circunstancial, por cierto— glosó la necesidad de que el arte vuelva, de nuevo, hacia el ideal de belleza del que no le está permitido apartarse, venciendo las dificultades que la materia le crea con la fuerza de la interioridad del artista y con la norma objetiva que requiere, incluso, la creación artística.

Nos atreveríamos a sintetizar el espíritu artístico de Serra Goday, su concepción del arte y la realización que consiguió, definiéndolo como un equilibrio buscado —y logrado— entre la realidad de la naturaleza y el misterio de la belleza como transparencia de la obra del Creador. Los dibujos y pinturas de Serra tienen tensión celestial, como Fray Angélico. Lo espiritual se “toca” con la transparencia del trazo que a la vez que fija una imagen apunta hacia un misterio. La belleza en Serra Goday es como la cuarta vía de Sto. Tomás, una prueba de la existencia de Dios.

Otras facetas de nuestro entrañable colaborador quedan como ocultas al lado de su genio artístico. Pero es necesario recordar ahora aquí que en la misma situación jurídica de la revista CRISTIANDAD, como propiedad mancomunada de todos sus redactores, protectores y amigos —de modo especial todos los miembros de SCHOLA CORDIS IESU—, Ignacio María Serra Goday fue un hombre clave, al asumir la presidencia de la Junta de Fundadores de la entidad que se hacía cargo de la revista. De nuevo, en CRISTIANDAD bajo los auspicios de la Fundación Ramón Orlandis, hemos seguido contando con el beneplácito y el trabajo hasta el último número de uno de los hombres más antiguos del grupo formado por el P. Orlandis. El le habrá recibido, como lo tenía prometido, en el cielo. Gracias, Serra Goday.



FALLECIMIENTO DEL ACADEMICO IGNACIO SERRA GODAY

El pasado 29 de julio falleció en Barcelona el arquitecto, pintor y académico de la Real Catalana de Bellas Artes de Sant Jordi, Ignacio Serra Goday (1917-1991).

Estudió la carrera de arquitecto en Barcelona laureándose el 20 de agosto de 1949. Desde 1958 fue arquitecto municipal, habiendo realizado para el Municipio obras de tanto interés como el Museo Clarà, parte de la ampliación del palacete Albéniz, restauración de la capilla de Santa Agueda y del Salón Tinell, ampliación del Museo Picasso, etc. Fue Jefe del Servicio de Protección del Patrimonio Artístico-Ambiental y redactor de ordenanza de protección de la zona del Ensanche. Decoró la capilla de los deportistas en la colegiata de Santa Ana, obra que le significó la Medalla al Mérito Deportivo de la Diputación de Barcelona. Fue redactor, y publicó diversos artísticos de materia artística en "Cuadernos de Arquitectura" y junto con otros dos arquitectos barceloneses, Antonio Lozoya y Joaquín de Ros, trabajó de 1969 a 1974, en la remodelación del pueblo de Medina (Túnez), por encargo del presidente Burguiba.

Fue un extraordinario dibujante, especialmente en la técnica de la plumilla y un conocedor profundo de la pintura al fresco.

Con este antiguo y difícil sistema llevó a cabo obras de gran tamaño y rara perfección, como el tímpano de la puerta del claustro gótico de la Cartuja de Montalegre (Tiana), en 1979, con las figuras del Sagrado Corazón, la Virgen y San Bruno, decoración de la sala de los Atlantes del Real Círculo Artístico (1981) y las que hizo en casa de Sant Feliu Saserra.

Con todo la más destacada obras pictórica de Serra Goday se halla en la iglesia de Nuestra Señora de la Alegría, junto al cementerio de Tiana. En el ábside de esta iglesia gótica, a pesar de ser obra del siglo XVII,

pintó al fresco cinco escenas marianas de siete metros de altura por cuatro y medio de ancho. Serra fue un enamorado del arte pretorrenacentista italiano, admirador de Piero della Francesca, Ghirlandajo, Paolo Ucello o Andrea del Castagno. Se impregnó del estilo de eternidad que representan las pinturas de Siena, Florencia y Arezzo y revivió, con sus pinceles de consumado artista, artesano de rica experiencia y dibujante de gran soltura, todo el sentido espiritual, religioso y ponderantemente académico, una manera de hacer el arte según los principios más ciertos y acreditados.

Fue distinguido con el Orden del Mérito Artístico por el Presidente de la República Italiana y, el 22 de enero de 1975, fue elegido académico de número de Sant Jordi. El 11 de febrero de 1981 leyó su discurso de ingreso, en el Salón Dorado de la Casa Lonja de Mar, sobre el tema "Meditación barcelonesa del último cuarto de siglo". En la sección de arquitectura de la Academia participó activamente en la redacción de informes en defensa del patrimonio arquitectónico y, hasta enero de 1991, fue Presidente Adjunto, asistiendo con eficacia al Presidente don Federico Marés.

El responso de corpore insepulto se celebró en la iglesia de la Alegría de Tiana, al pie de las grandiosas pinturas que él materializó casi veinte años antes, precisamente el día 31 de julio, festividad de su santo patrón, San Ignacio de Loyola.

Descanse en paz tan ilustre artista, buen amigo y presidente que fue de los Amigos de los Museos.

Juan BASSEGODA NONELL
*Presidente de la Real Academia
de Bellas Artes de Sant Jordi*
(ABC, 6 de agosto de 1991)



**FRAGMENTO DEL DISCURSO DE IGNACIO
M^a SERRA GODAY EN EL ACTO DE INGRESO
EN LA “REAL ACADEMIA CATALANA DE
BELLES ARTS DE SANT JORDI” (11-2-1981)**

Si, com hem vist, l'art actual tendeix a suprimir o a reduir al mínim els elements exteriors, és perquè és un art dèbil i no es sent amb prou força com per assimilarlos sense perdre la ingenuïtat i la puresa. Vegi's, per exemple, amb quin infantil doctrinarisme el Purisme volia limitar els objectes a representar, perquè la pintura tingués un punt d'humanitat, sense perdre la ingenuïtat.

Però aquestes són solucions d'un art malaltís i poc segur de si mateix; “l'art sols busca la facilitat en les èpoques decadents”.

En les èpoques sanes l'artista conscient de la seva força creadora busca i afronta les dificultats.

Intentarem encara aclarir el que considerem la idea fonamental de la creació artística, insistint en la seva transcendència i grandesa i fent notar també les seves limitacions.

L'art, ho hem dit abans, participa de quelcom de sobrehumà. Té per objecte crear la bellesa. Crear una obra bella és crear una obra en la que brilli l'esclat o l'esplendor, el misteri d'una forma, en el sentit metafísic d'aquest mot.

Però cal deixar ben clar que aquesta forma, l'artista, la intel·ligència del qual no és pas la causa de les coses, com la intel·ligència divina, no la troba ni la pot treure tota sencera del seu propi esperit creador; l'ha de buscar i percebre en l'immens tresor de les coses creades i en el món interior de la seva pròpia ànima. Deia el Dr. Torras i Bages: “les formes és clar que l'artista les pren de la naturalesa; però ell les combina, i de formes ja existents en fa com un nou ser, crea una obra nova i vivent, i aquesta operació interna de l'artista és regida per un esperit, és una operació espiritual”.

Per tant, és absurd pensar que l'home, l'artista, pugui crear del no-res. Resulta realment sorprenent que Ortega i Gasset en les conclusions del seu assaig sobre la deshumanització de l'art presenti els propòsits de l'art nou dient: “l'empresa que escomet és fabulosa, *vol crear* del no-res”.

Ortega i Gasset llança la frase, i, si bé la suavitza presentant-la com ambició dels joves, no vol veure la seva transcendent absurditat, ni que en el fons de tota idea transcendental hi ha sempre una qüestió teològica.

No deixa d'ésser sorprenent que una època artísticament més aviat desorientada i dèbil, sigui tan ambiciosa com per caure en el més estult pecat d'orgull.



Nuestro entrañable amigo y asiduo colaborador de CRISTIANDAD Narciso Torres Riera había preparado varios artículos para nuestra revista, cuando le sorprendió repentina e inesperadamente la llamada definitiva del Señor, en su ciudad de Palma de Mallorca, el pasado 24 de octubre. Al dar a la imprenta en este número uno de estos artículos, le recordamos con dolor, pero con la certeza de su plena contemplación del Rey del Universo. En el próximo número trataremos, como lo merece, la entusiasta dedicación de Narciso Torres a las tareas de SCHOLA CORDIS IESU de Barcelona y Palma de Mallorca y a la revista CRISTIANDAD. Descanse en paz quien puso todo su saber al servicio de la extensión de reino de Cristo.

SEGUNDO CENTENARIO DEL *Quot Aliquantum* (1791)

LA REVOLUCION FRANCESA Y LA CONSTITUCION CIVIL DEL CLERO

NARCISO TORRES RIERA

A mediados de 1790 la Asamblea Nacional francesa decreta una “*constitución*” o ley obligatoria sólo para el clero católico. Dicha ley no afectaba para nada a los hugonotes y demás confesiones religiosas que hubiere: ¡había que dar toda *una lección* de “imparcialidad! Esta Constitución civil del clero, como se verá, era un claro intento de subordinar la Iglesia al Estado, nacionalizarla al modo protestante y destruirla por dentro. Tal era la fuerza de la Iglesia en Francia, que los políticos de entonces veían peligrar sus perversas intenciones, si no destruían la fe católica, único impedimento para el triunfo de la Revolución preparada por un pequeño número de aristócratas ilustrados.

El Papa Pío VI condenó dicha “constitución” por medio del breve “QUOT ALIQUANTUM” DE 10 DE MARZO DE 1791. He aquí algunas razones de dicha condenación. Obispos y sacerdotes habían de jurar dicha constitución siendo severamente castigados los que se opusieran a ella. Con dicho juramento el clero se obligaba a descartar el Primado del Papa: “*el nuevo obispo NO PODRA acudir al Papa para obtener de él ninguna confirmación*”. Con lo que se iniciaba un nuevo cisma en el seno de la Iglesia, cosa que Pío VI condenó exhortado al clero a abstenerse “*con firmeza del jura-*

mento impuesto” por la Asamblea francesa. Por contraposición los Obispos, si juraban la constitución aludida, deban acatar los decretos del Parlamento francés.

El Estado además se reservaba para sí el “derecho” a la supresión de las antiguas diócesis, a la división y creación de diócesis nuevas, así como a la confirmación de los obispos que las debieran regentar. La elección de los Obispos quedaba separada de Roma, pues la Asamblea francesa dispuso que los Obispos fuesen elegidos por el pueblo sin distinción de clases ni de credos, con lo cual (y así lo resaltaba Pío VI) herejes, apóstatas, ateos, etc, intervenían en la elección de obispos “*católicos*”. “*Se ve claramente que dicha Asamblea ha querido adoptar las falsas doctrinas de Lutero y Calvino, señala Pío VI, pues éstos afirmaban que es de derecho divino que los obispos fueran elegidos por el pueblo*”.

El obispo elegido por el pueblo pedía su confirmación al obispo más anciano, pero si éste rehusaba concederla, el caso se presentaba “*ante los magistrados civiles, quienes han de fallar acerca del dictamen de los Metropolitanos. ¿Qué otra cosa pretendió la*

Asamblea, se pregunta Pío VI, con estos decretos, sino echar por tierra y reducir a la nada el Episcopado mismo por ODIO A LA RELIGION?

Los presbíteros y vicarios parroquiales, elegidos también democráticamente por la muchedumbre cual funcionarios públicos, fueron igualados a los obispos, cuya autoridad fue desplazada al consejo diocesano compuesto por el obispo, vicarios y párrocos, donde dominaba la mayoría de votos o la fuerza del número, en donde el obispo era uno más sin jurisdicción propia.

Por lo que se refiere a los Seminarios los obispos podían nombrar sacerdotes para este menester excepto el Rector y Superiores del Seminario, cuya designación quedaba igualmente reservada al consejo presbiterial, con lo que se negaba al obispo el derecho y deber irrenunciable a ser *“cabeza y jefe supremo del Seminario”* con toda la responsabilidad que esto conlleva.

Decretó también la Asamblea que en las ciudades en las que sólo haya *“seis mil almas, haya sólo una parroquia”*. Pío VI nota con razón que dicha disposición se encaminaba a que un solo párroco para tanta gente hace prácticamente necesario que *“muchos feligreses han de quedar sin auxilios espirituales”*.

El Estado incautó además lo bienes de las Iglesias, Monasterios y de los eclesiásticos católicos bajo pretexto de utilidad pública, pero los bienes de las Iglesias protestantes quedaron intactos. Con la expropiación de los bienes eclesiásticos la Asamblea consiguió, decía Pío VI, *“la abolición del Culto divino, se han cerrado los templos, han sido robados los ornamentos sagrados y se ha mandado que cese en las Iglesias el canto de los oficios divinos”*.

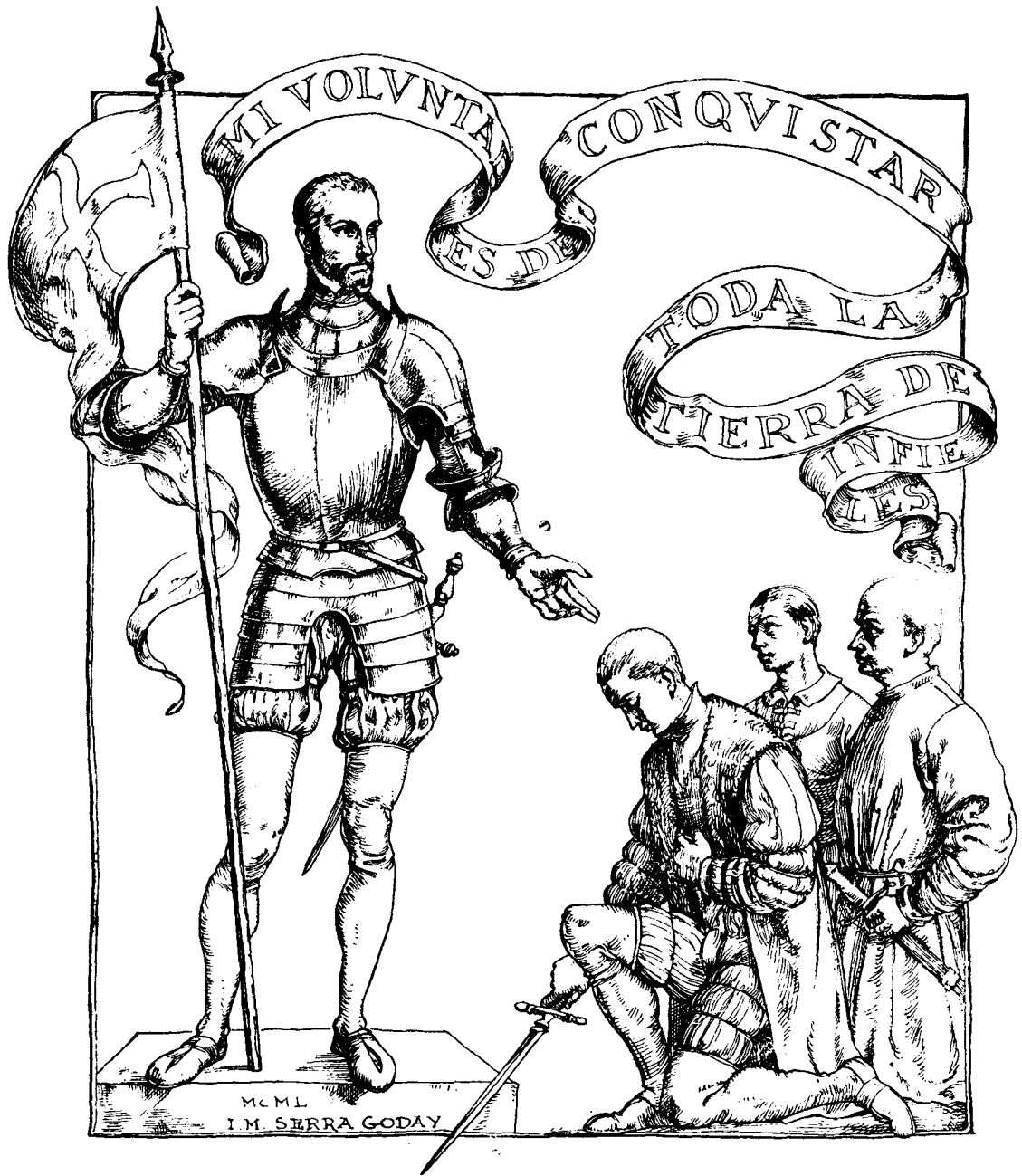
En cuanto a las órdenes religiosas y monasterios, sus bienes quedaron expropiados, si bien podían seguir con el usufructo de ellos, con la condición expresa de que no podían admitir nuevos miembros a la Comunidad, y se prohibieron además LOS VOTOS SOLEMNES de los religiosos, y si los religiosos permanecían en su convento no podían exhibir su hábito religioso. Dichas órdenes o decretos afectaban por igual a *“las vírgenes consagradas a Dios”*, que fueron *“arrojadas de sus claustros”*.

Toda esta estrategia de la Asamblea francesa estuvo encaminada, según Pío VI *“A ABOLIR LA RELIGION CATOLICA, y con ella la debida obediencia a los reyes. En tal concepto se decide ser un derecho que el hombre constituido en sociedad GOZA DE OMNIMODA LIBERTAD”*. Un estado que se otorga un derecho ilimitado es tiránico, pues su ley es la fuerza del voto, del número, de la palabra o del halago, y en todo caso la ley del más fuerte o el eterno atropello. Algo parecido debía, tal vez, pensar Pío VI, cuando afirma en el citado breve que *“manifiestamente se echa de ver que la libertad e igualdad por esa Asamblea tan ensalzada, a otras cosa no se encamina que A DESTRUIR LA RELIGION CATOLICA”*.

Es de *“admirar”* cómo la revolución francesa al grito de la *“libertad”* ahoga las legítimas libertades de la Iglesia católica. Los revolucionarios franceses sólo creían en *“su libertad”* para suprimir cuanto se les pusiera delante y que impidiese sus propósitos de mandar y de ordenar despóticamente para satisfacer sus más bajos instintos: el placer y el expolio que las fuerzas satánicas habían prometido a sus adoradores. La Iglesia católica, voz de los sin voz, molestaba a sus propósitos y para destruirla quisieron apoderarse de ella cambiando en Francia su disciplina eclesiástica por coacción, y sustituida ésta hasta el dogma católica y sus perenne moral caerían.

Hubo una heroica resistencia contra dicha ley civil del clero. Los curas *“refractarios”*, que no hicieron el juramento pagaron cara su *“osadía”*. Da llanto ver los hechos del 2 de setiembre de 1791, día DEL TERROR: sacerdotes en gran número deportados a Guayana, 300 sacerdotes y 3 obispos asesinados, el asalto y destrucción de la abadía de Saint-Germain y el convento del Carmelo en París; los no juramentados (los *“refractarios”*) fueron declarados proscritos y el éxodo de sacerdotes a países limítrofes con Francia fue alrededor de 40.000.

Pudo con razón decir Donoso Cortés en una *“carta de París”* de 31 de agosto de 1855 publicada en el *“Heraldo”* lo que sigue: *“viene por fin la revolución francesa, y sus impías MATANZAS, y sus sangrientas bacanales. Un pueblo demente DECLARA LA GUERRA A DIOS Y ABATE LA CRUZ”*.



Tras la caída del comunismo

¿HABRA PAZ Y BIENESTAR PARA LOS POBRES?

GERARDO MANRESA

“Tú estuviste, hasta que una piedra desprendida, no lanzada por mano, hirió a la estatua en los pies de hierro y barro, destrozándola” (Dan. 2, 34)

Estas palabras extraídas del relato que Daniel hace del sueño de Nabucodonosor parece que son las que mejor se adaptan a lo que en estos últimos meses ha ocurrido con el comunismo. Durante muchos años las grandes potencias occidentales han intentado, por medio de guerras, alianzas políticas, espionajes y otros medios, vencer, aislar y dominar al comunismo sin conseguirlo. Se han consumido muchas vidas, se ha gastado muchos esfuerzos y dinero en este empeño y apenas se consiguió nada.

El Romano Pontífice, la piedra sobre la que Cristo instituyó su Iglesia, ha conseguido, con sus visitas a Polonia, sus mensajes a todos los hombres y, sobre todo con la oración suya y de muchas otras personas, lo que ninguna nación ni poder humano había podido lograr: la eliminación del poder comunista. Incluso puede afirmarse que los países occidentales, a pesar de sus potentísimos servicios de espionaje, no se habían percatado de esta agónica situación. El comunismo, como decía Pío IX en su encíclica “Qui Pluribus”, es “esa abominable y sobre todas antirracional doctrina, que, de admitirla, acabará por destruir desde sus cimientos los derechos, las cosas y las propiedades de todos y hasta la misma sociedad humana”.

Siendo así, nos podemos preguntar con Pío XI en la “Divini Redentoris”:

“Pero, ¿a qué se debe que un sistema semejante, científicamente superado desde hace mucho tiempo y refutado por la realidad práctica, se difunda tan rápidamente por todas partes del mundo? La explicación reside en el hecho de que son muy pocos los que han podido penetrar la verdadera naturaleza y los fines reales del comunismo; y son mayoría, en cambio, los que ceden fácilmente a una tentación hábilmente presentada bajo

velo de promesas deslumbradoras, con el pretexto de querer suprimir los abusos reales producidos por la economía liberal y obtener una más justa distribución de los bienes terrenos (fines, sin duda, totalmente legítimos) se consigue atraer a la zona de influencia del comunismo aún a aquellos grupos sociales que por principio rechazan todo materialismo y todo terrorismo. Y como todo error contiene algo de verdad, esta parte de verdad que hemos indicado, expuesta arteramente en condiciones de tiempo y lugar aptas para disimular, cuando conviene, la crudeza repugnante e inhumana de los principios y métodos del comunismo, seduce incluso a espíritus no vulgares que llegan a convertirse en apóstoles de jóvenes inteligentes poco preparados todavía para advertir errores intrínsecos”.

Estas palabras de Pío XI nos hacen pensar en tantos intelectuales, políticos, periodistas y, también por desgracia sacerdotes, que con sus ideas marxistas han deformado a generaciones de jóvenes, naciones y gran cantidad de almas consagradas a Dios, como si aquellas ideas hubieran sido las únicas capaces de salvar a la humanidad.

Continúa diciendo el documento pontificio,

“Para explicar mejor cómo el comunismo ha conseguido de las masas obreras la aceptación, sin examen, de sus errores conviene recordar que estas masas obreras estaban ya preparadas para ello por el miserable abandono religioso y moral a que las había conducido en la teoría y en la práctica la economía liberal”(...).

“El comunismo, más que otros movimientos encierra en sí mismo una idea de aparente redención. Un seudo ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo satura toda su doctrina y toda su actividad de un cierto

misticismo falso, que a las masas, halagadas por falaces promesas, comunica un ímpetu y un entusiasmo contagiosos, especialmente en un tiempo como el nuestro, en el que por la defectuosa distribución de los bienes de este mundo se ha producido una miseria general hasta ahora desconocida”.

Sin duda esta es la fuerza que ha permitido que el comunismo, a pesar de su irracionalidad haya conseguido tener medio mundo bajo su influencia.

¿Debemos esperar una época de paz y felicidad en la tierra?

Desaparecido el comunismo por sus “pies de barro” hemos vuelto a quedar en un mundo dominado por la economía liberal en donde la libertad y la democracia son los únicos bienes a conseguir. ¿Podemos esperar de esta sociedad liberal y democrática una justa distribución de los bienes terrenos y un respeto y amor entre todos los hombres?

El mundo tras la caída del comunismo, está entrando en el siglo XXI bajo la tutela y guía de un país, que siendo el prototipo de país liberal, se ha definido a sí mismo como “el protector del planeta Tierra”. Por sus primeras actuaciones se deduce que será él quien dicte las normas de convivencia, justicia y libertad. Siguiendo la evolución del liberalismo nos encontramos con una sociedad en donde los países ricos lo son cada vez más y los países pobres cada vez más míseros, como ha denunciado la Iglesia en muchas ocasiones. Como en esta situación los países pobres no lograrían sobrevivir muchos años, perjudicándose con ello los países ricos, éstos han encontrado el camino de distribuir bienes, es decir conceder créditos, sólo en la cantidad suficiente para que los países pobres puedan sobrevivir y comerciar con los países ricos; no interesa que salgan de su miseria. Si no fuera así, ¿a quién venderán los ricos?, ¿a costa de quién se enriquecerían? Esta es, pues, la situación en que el mundo se encuentra a las puertas del siglo XXI.

Aunque las ideas comunistas eran insostenibles por su irracionalidad, en todo hombre existe este anhelo de paz y bienestar y poder llegar un día a alcanzar la felicidad en este mundo. Después del fracaso del marxismo y su dictadura del proletariado nos podemos preguntar si es posible colmar estas ansias o es una vana esperanza de la naturaleza humana.

Los medios que los hombres y las naciones hemos utilizado, ya sea de forma individual o en grupos, para intentar conseguir la felicidad en esta vida se han basado siempre en el primer pecado original, la soberbia, llámese poder, riqueza, sabiduría o en la envidia y el odio, y

lógicamente los frutos que se han obtenido en estos intentos han estado a la altura de los medios utilizados. Pero ello, después de tantos siglos de intentarlo, la sociedad parece que ha llegado a la conclusión que es una utopía irrealizable y las únicas soluciones que se plantean son las del liberalismo, es decir, cada uno debe conseguirlo por sus medios sin pararse en nada, ni preocuparse por las necesidades de los demás. Incluso en muchos creyentes ha desaparecido este anhelo de paz en la tierra que únicamente se desean vivir a la manera mundana en los días próximos a la Navidad.

¿Debemos, pues, los creyentes esperar que la paz y felicidad la conseguiremos en la otra vida, o puede esperarse que los hombres conseguirán, ya en este mundo, una convivencia pacífica y feliz donde la mayoría procurarán por la gloria de Dios y consecuentemente por la felicidad del prójimo? ¿En caso de que esto sea cierto nos podemos preguntar cuál es la base sobre la que la sociedad debe asentarse para lograr este clima social?

¿Qué espera la Iglesia?

Hace más de cien años, en los albores del liberalismo, el P. Ramiere expuso muy claramente la sólida y cierta doctrina de la Iglesia que permitirá a la humanidad gozar de una paz y bienestar en esta tierra. Con mano maestra el P. Ramiere fue razonando esta doctrina en sus libros “Las Esperanzas de la Iglesia” y “El Reinado Social de Jesucristo” y fundamentándose en los profetas, los apóstoles y la doctrina pontificia.

Después de exponer la situación social del mundo, decía el P. Ramiere,

“Hemos querido, con este libro, ir hasta el fondo de esta situación social, tan compleja y tan enmarañada, que inspira a unos tanta tristeza y a otros tanta esperanza. Hemos tratado de indagar la última razón del temor de los primeros y de la confianza de los segundos, y si no nos ciega la ilusión, nos creemos autorizados para poder decir que hemos hallado y demostrado la última razón de los males que amenazan a la sociedad moderna y de los bienes que le están reservados.

Sus males, sus agitaciones, su incurable caducidad, nacen de la loca y criminal pretensión que ha concebido de poder sustraerse a la soberanía de Dios y constituirse fuera de Jesucristo. Esta pretensión es la que mata a la sociedad moderna; y mientras no la repudie completa e irrevocablemente, en vano intentará librarse de la muerte. Todos los que llamará para reparar sus ruinas, sólo levantarán muros sin argamasa, según la expresión del Profeta, y sus construcciones se derrumbarán al primer soplo de la próxima tempestad. Todos sus progresos serán

vanos engaños, todas sus invenciones tan sólo servirán para agravar sus desórdenes, estimulando su egoísmo. En vano será que un día y otro llame a la paz; la paz no vendrá. Proclamarán la libertad y su esclavitud irá en aumento hasta que se establezca de nuevo sobre el fundamento que le puso la misma mano de Dios, mientras no restablezca en su trono al único verdadero libertador y al único verdadero pacificador.

Entonces y sólo entonces comenzará la nueva era. Entonces el mundo nuevo será creado. Entonces el Evangelio, aceptado como regla de las relaciones sociales, al propio tiempo que las individuales, permitirá conservar la paz sin agotar los recursos en costosos armamentos y mantener los derechos sin oprimir la libertad. Entonces la sociedad, instruida por la dura, pero saludable enseñanza de la experiencia, iluminada por las mismas tinieblas que han amontonado tres siglos de estériles discusiones, comprenderá mejor la suavidad del yugo que le impone la autoridad divina, y rendirá a Jesucristo y a su Iglesia un tributo más libre que el del temor y más duradero que el de una ignorante sencillez”.

Ente los textos en los que el P. Ramière fundamentaba su doctrina destacamos del Antiguo Testamento:

“Pero sucederá a lo postrero de los tiempos que el monte de la casa de Yavé será confirmado por cabeza de los montes y será ensalzado sobre los collados, y correrán a él todas las gentes, y vendrán muchedumbres de pueblos, diciendo: Venid, subamos al monte de Yavé, a la casa del Dios de Jacob, y El nos enseñará sus caminos e iremos por sus sendas, porque de Sión ha de salir la Ley, y de Jerusalén la palabra de Yavé. El juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos, que de sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán la espada gente contra gente ni se ejercitarán para la guerra. Venid, ¡oh, casa de Jacob! y caminemos a la luz de Yavé.”
(Is. 2,2-5)

“Y brotará una vara de tronco de Jesé y retoñará de sus raíces un vástago. Sobre el que reposará el Espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yavé. Y pronunciará sus decretos en el temor de Yavé. No juzgará por vista de ojos, ni argüirá por oídas de oídos, sino que juzgará en justicia al pobre, y en equidad a los humildes de la tierra. Y herirá al tirano con los decretos de su boca y con su aliento matará al impío. La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de su cintura. Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los pastoreará. La vaca pacerá con la osa y las crías de ambas se echarán

juntas, y el león como el buey comerá paja. El niño de teta jugará junto a la hura del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. No habrá ya más daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del comienzo de Yavé como llenan las aguas el mar.”

(Is. 11,1-9)

“La cuarta bestia es un cuarto reino sobre la tierra, que se distinguirá sobre los otros reinos y devorará la tierra toda, y la hollará y la triturrará. Los diez cuernos son diez reyes que en aquel pueblo se alzarán y tras ellos se alzará otro que diferirá de los primeros y derribará a tres de estos reyes. Hablará palabras arrogantes contra el Altísimo, y quebrantará a los santos del Altísimo, y pretenderá mudar los tiempos y la ley. Aquellos serán entregados a su poder por un tiempo, tiempos y medio tiempo. Pero se sentará el tribunal y le arrebatará el dominio hasta destruirle y arruinarle del todo, dándole el reino, el dominio y a majestad de todos los reinos de debajo del cielo al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino será eterno y le servirán y obedecerán todos los señoríos.”

(D. 7,23-27)

“Y vi un ángel que descendía del cielo trayendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Cogió al dragón la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y la encadenó por mil años. Le arrojó al abismo y le cerró y encima de él puso un sello para que no extraviara más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo.”

(Ap. 20,1-3)

También, lógicamente, los Romanos Pontífices han continuado enseñando la cierta doctrina de la esperanza en el Reino de Cristo, especialmente en esto últimos siglos, desde Pío XI hasta Juan Pablo II,

“El día en que los reyes y los gobernantes legítimamente elegidos se convenzan de que mandan, más que por derecho propio, en virtud de un mandato y una representación del Rey divino, es evidente que harán un uso recto y santo de su autoridad y respetarán el bien común y la dignidad humana de los gobernados, tanto en la creación de las leyes como en el cumplimiento de éstas. De esta manera se seguirá el florecimiento seguro de un orden tranquilo, con la supresión de todas las causas de revolución; porque, aunque el ciudadano vea en el gobernante y en las restantes autoridades públicas hombres de naturaleza igual a la suya e incluso indignos y vituperables por alguna causa, no por esto les negará su obediencia

cia cuando contemple en aquéllos una imagen de la autoridad de Jesucristo, Dios y hombre verdadero. En lo tocante a una pacífica concordia, es evidente que cuanto mayor es la amplitud de un reino y mayor la universalidad con que abarca todo el género humano, tanto mayor es el arraigo que adquiere en la conciencia humana el vínculo de la fraternidad que une a todos los hombres. Esta conciencia de fraternidad alejará y suprimirá los frecuentes conflictos sociales y disminuirá sus asperezas. Si el reino de Cristo incluyera de hecho a todos los hombres, como de derecho los incluye, ¿por qué no habríamos de esperar aquella paz que el Rey pacífico trajo a la tierra, aquel Rey que vino para reconciliar todas las cosas, que no vino a ser servido sino a servir; que, siendo el Señor de todos, se dio a sí mismo como ejemplo de humildad y estableció como ley principal esta virtud, unida al mandato de la caridad; que, finalmente, dijo: “Mi yugo es suave y mi carga ligera” ¡Qué felicidad tan grande podría gozar la humanidad si los individuos, las familias y los Estados se dejaran gobernar por Cristo! “Entonces, finalmente —diremos con las mismas palabras que nuestro predecesor León XIII dirigió hace veinticinco años a todos los obispos del orbe católico—, podrán ser curadas tantas heridas, entonces todos los derechos cobrarán su primitivo valor, será devuelta la paz, y caerán de las manos las espadas y las armas, cuando los hombres acepten de buen grado el poder de Cristo, le obedezcan voluntariamente y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.”

(Pío XI, Quas primas)

“Hace unos momentos se nos invitaba a reflexionar sobre el texto de las bienaventuranzas. En la base de ellas se halla una pregunta que vosotros os ponéis con inquietud: ¿por qué existe el mal en el mundo?”

Las palabras de Cristo hablan de persecución, de llanto, de falta de paz y justicia, de mentira y de insultos. E indirectamente hablan del sufrimiento del hombre en su vida temporal.

Pero no se detienen ahí. Indican también el programa para superar el mal con el bien. Efectivamente, los que lloran, serán consolados; los que sienten la ausencia de la justicia y tienen hambre y sed de ella, serán saciados; los operadores de paz, serán llamados hijos de Dios; los misericordiosos, alcanzarán misericordia; los perseguidos por causa de la justicia, poseerán el reino de los cielos.

¿Es esta solamente una promesa de futuro? Las certezas admirables que da Jesús a sus discípulos ¿se refieren sólo a la vida eterna, a un reino de los cielos situado más allá de la muerte?

Sabemos bien, queridos jóvenes, que ese “reino de los cielos” es el “reino de Dios”, y que “está cerca” (Mt. 3,2). Porque ha sido inaugurado con la muerte y resurrección de Cristo. Sí, está cerca, porque en buena parte depende de nosotros, bautizados y confirmados en Cristo, los llamados a acercar ese reino, a hacerlo visible y actual en este mundo, como preparación a su establecimiento definitivo.”

(Juan Pablo II, alocución en Est. Bernabéu, 3-11-82)

Pero ¿cómo podemos cooperar en la salvación de esta sociedad y en la venida de paz y bienestar, es decir en la implantación de este reinado?”

“Tenemos a nuestra disposición, prosigue el P. Ramière, dos fuerzas divinas, cuyo ejercicio no debe estar separado, como no lo están en el mundo físico la acción de la luz y el calor: la fuerza de la Verdad y la fuerza del Amor.

Estas dos fuerzas se auxilian y completan entre sí. La verdad ilumina y dirige la marcha del amor; pero muchas veces el amor abre las sendas que conducen a la verdad y predispone a las almas para someterse a su blando yugo. (...) Amemos, pues, a los hombres de nuestro tiempo; amémoslos tanto como detestamos sus errores; probémosles con nuestras obras que el odio de sus errores no es en nuestro corazón sino una forma de la adhesión que nos anima por sus intereses. (...) La doctrina que defendemos es indudablemente el origen de todos los sentimientos nobles, de todos los generosos sacrificios, de todas las afecciones santas de todos los consuelos sólidos, de todas las esperanzas durables. Así, pues, tan sólo puede aborrecérsela cuando no se la conoce; y si se la desconoce, es porque no se muestra con el debido esplendor en la vida entera de los que tienen la dicha de ser sus discípulos, y el honor de contarse en el número de sus apóstoles.

Esta doctrina es además para la sociedad el principio de todos los verdaderos progresos, de todas las instituciones útiles, de todas las inspiraciones sublimes, de todas las grandes empresas, de todas las libertades reales y sólidas. Y si a pesar de esto ha logrado ser tan impopular, ha sido porque sus enemigos han logrado tergiversarla y presentarla a las sociedades modernas bajo falsos colores. Por tanto nos toca a nosotros mostrarla a los hombres bajo su verdadero aspecto y tal como es: nos corresponde restituírle su influencia legítima, interviniendo nosotros y haciéndola intervenir con nosotros en todas las obras buenas y útiles.(...)

La soberanía social de Jesucristo debe extender su influencia sobre todas las ramas de la actividad social, y esta influencia de seguro podrá prevalecer en un momen-

to de feliz reacción, si de antemano ha sido debidamente preparada. Jesucristo no puede reinar en la sociedad si no halla auxiliares que tomen con empeño la defensa de sus intereses y esparzan en torno suyo sus divinas influencias. Pero debemos confesarlo: si en casi todas las naciones de Europa su nombre ha sido borrado tan fácilmente, se debe a que por desgracia le han faltado estos auxiliares en el momento decisivo. Toda la actividad y toda la habilidad se ha mostrado de parte de sus enemigos; y sus amigos, incomparablemente más numerosos, no han sabido hacer otra cosa que soportar en silencio el destronamiento de su divino Soberano.

Salgamos de este estupor. No nos contentemos con ser buenos para nosotros mismos. A los esfuerzos sobre-humanos de nuestros adversarios para hacer irreparable la revolución que ha destronado a este divino Rey, opongamos esfuerzos igualmente enérgicos para volver a levantar su trono.”

¿Cuál es el camino a seguir para alcanzar esta paz?

Durante los veinte siglos que tiene de vida, la Iglesia nos ha ido enseñando y guiando para lograr que, por medio de nuestra conversión personal a Cristo, pudiéramos poco a poco ir transformando la sociedad en que vivimos. A través de este tiempo nos ha ido mostrando vías y dando medios para que cada uno según sus posibilidades y según sus carismas pudiera encontrar, manteniéndose en contacto con Jesucristo, su función apostólica y de actividad social. Pero tal como decía el P. Ramière, hemos fallado y nuestros enemigos han arrojado del trono a nuestro Rey.

Jesucristo, que nos conoce débiles y pecadores, en vez de abandonarnos, como hemos hecho nosotros con Él, ha venido otra vez para enseñarnos el camino que nos llevará a conseguir que se instaure en la sociedad una época de paz y bienestar. Este camino se lo confió a Sta. Margarita M^a de Alacoque en Paray le Monial.

En una de sus cartas al P. Croiset le escribe:

“Nuestro Señor me ha dado a entender que la devoción y el reino de este Sagrado Corazón no se establecerá sino por personas pobres y despreciadas y en medio de contradicciones, y que, a pesar de todas las oposiciones y dificultades que se le suscitarán, se hará conocer y amar.

Satanás hace surgir contradicciones a esta amable devoción, rabioso como está porque, por este medio saludable, perderá muchas almas que creía ya poseer, y porque dicho medio le ha arrebatado ya y le arrebatará muchas más, por la omnipotencia de Aquel, que, en el tiempo prefijado, trocará todas esas oposiciones y con-

tradicciones en gloria suya y en confusión de ese enemigo.”

Mas, ¿cómo se ha de alcanzar este fin? ¿Cómo la devoción al Sagrado Corazón debe subyugar los corazones y regenerar la sociedad?

“¡Ojalá pueda contar todo lo que sé de esta amable devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y descubrir a toda la tierra los tesoros de gracias que Jesucristo encierra en ese Corazón adorable y que tiene plan de derramar con profusión sobre los que la practiquen! Os conjuro, reverendo Padre, que no omitáis nada para inspirar a todo el mundo; Jesucristo me ha dado a entender, de modo que no puede dudar de ello, que principalmente por los Padres de la Compañía de Jesús quería establecer por todas partes esta sólida devoción, para conquistarse por ese medio un número infinito de siervos fieles, de perfectos amigos e hijos perfectamente agradecidos. Los tesoros de bendiciones y de gracias que este Sagrado Corazón encierra son infinitos. No sé que haya ejercido alguno de devoción en la vida espiritual que sea más apto para elevar en poco tiempo un alma a la mayor perfección. Bastaría este solo medio para restablecer en el primitivo fervor a las comunidades menos regulares, y conducir a la cumbre de la perfección a las que viven en la observancia.

Mi divino Salvador me ha dado a conocer que los que trabajen en la salvación de las almas tendrán el arte de mover los corazones más endurecidos, y trabajarán con éxito maravilloso si están penetrados ellos mismos de una tierna devoción a su Divino Corazón.

Las personas seglares encontrarán, por medio de esta devoción, todas las ayudas necesarias a su estado, la paz en sus familias, el alivio en sus trabajos, las bendiciones del cielo en todas sus empresas, el consuelo en sus miserias. En el Sagrado Corazón encontrarán un lugar de refugio durante su vida y principalmente en la hora de la muerte. Finalmente es manifiesto que nadie deja de experimentar toda clase de ayudas celestiales, si tiene para son Jesucristo un amor agradecido como el que se le tributa por la devoción a su Sagrado Corazón.”

León XIII y Pío XI tenían en su pensamiento estas afirmaciones de sta. Margarita cuando nos exhortaban a consagrarnos al Sagrado Corazón de Jesús para acelerar la venida del reino de Cristo en la tierra.

Esta esperanza que desde estas páginas de CRISTIANIDAD hemos estado deseando desde nuestros inicios es la que hoy, después de la caída del comunismo queremos volver a reafirmar y comunicar a todos aquellos que están desalentados en este camino de alcanzar una justicia y una paz para todos los hombres en este mundo.



IM
SIERRA
GODAY

MCM LIII

MARIA: "AUXILIUM CHRISTIANORUM"

EL ANGELUS EN LA CRUZADA DE BELGRADO

JOSE MANUEL MORO

ANGELUS DE JUAN PABLO II EN MARIAPOCS

En Angelus que el pasado 18 de agosto rezó Juan Pablo II en su visita al santuario húngaro de Máriapócs estuvo precedido de unas breves pero altamente sugeridoras palabras que el Papa dirigió a los fieles allí congregados sobre la naturaleza de esta plegaria mariana y su íntima relación con las aspiraciones a las que secularmente se ha consagrado el pueblo cristiano.

El origen histórico de la difusión del Angelus por todo el orbe católico y su estructuración en torno a la contemplación de los misterios de la Redención lo erigen en una plegaria esencialmente suplicante del amparo divino por medio de la viva confianza en la intercesión de la Madre de Dios. La historia de la Salvación, meditada de este modo, se constituye en iluminación interior que sobrenaturaliza la vida cristiana.

El Papa recordó en Máriapócs que la agitación religiosa y civil en que se ha visto durante largos períodos sumida la cristiandad determinó el que el Papa Calixto III dispusiera que al sonar las campanadas del mediodía imploraran los fieles la divina protección con el rezo de esta súplica mariana en orden al consuelo y confortación de la tribulación por la que en aquel tiempo estaba sacudida la cristiandad. Exhorta finalmente el Papa a que esta tradicional forma de devoción ilumine la cotidianeidad de la vida cristiana y "alimente el compromiso de corresponder al designio salvífico de aquel que se hizo carne y vino a habitar en medio de nosotros".

BREVE NOTA HISTORICA EN TORNO AL ORIGEN DEL ANGELUS

La veneración del misterio de la Encarnación en correspondencia con el triple toque de las campanas: matutino, meridiano y vespertino en la forma actualmente en uso se introdujo y desarrolló en la Iglesia de manera gradual y en épocas distintas. La piadosa práctica de honrar y reclamar de la Virgen su intercesor auxilio por

medio de la salutación angélica se remonta al siglo XIII y se reduce a la práctica vespertina. Debemos el inicio de esta devoción a San Buenaventura, quien en el capítulo general de los franciscanos, por él presidido en 1263 estableció que los hermanos exhortasen en sus sermones a los fieles con objeto de que vespertinamente, y al toque de campana, saludasen varias veces a la Virgen Santísima porque era sentencia de graves doctores que por aquella hora del día recibió Nuestra Señora el anuncio del ángel. La orden franciscana contribuyó desde entonces a la eficaz difusión de esta piadosa práctica, y así, se encuentra ya a finales de siglo establecida en Maguncia y en Wurzburg, y poco más tarde en Génova. Hacia la primera mitad del siglo XIV se encuentra ya en casi todas las regiones de Europa. San Buenaventura dispuso que la veneración a la Virgen María en aquella santa hora se tuviese rezando tres veces el Ave María en correspondencia con otros tres toques de campana (Martini, Orat. ad Sixtus IV, n. 10).

A Bonvicino de Riva, de la Orden de los Humillados, se debe la introducción, a finales del siglo XIII, de esta devoción mariana en la región de Milán. Pero fue durante el siglo XIV que se extendió por toda la cristiandad. En 1307 el arzobispo de Gran prescribe la práctica del toque vespertino con la recitación del Ave María para las iglesias de Hungría. Igual prescripción adoptan en 1317 los obispos de Avignon para la diócesis de Passau. Por ese tiempo se habría introducido esta devoción en Francia merced a la autorización por parte de Clemente V de la salutación mariana durante su estancia en Carpentras (Act. Sanct. t. VIII, p. 1111).

Constata Baronio en sus Anales que la mencionada práctica ya existía en la diócesis de Saintes cuando un acta del Papa Juan XXII, fechada en Avignon el 13 de octubre de 1318, concedió indulgencias a la recitación piadosa del Ave María a la hora del "completorium". Por una carta del 7 de mayo de 1327, dirigida al obispo de Viterbo, vicario pontificio en Roma, el Papa Juan XXII prescribe la introducción de esta devoción en la ciudad

eterna (Baronio, *Annal.*, n. 54, t. XXIV, p. 336).

A partir de esta época las indulgencias acordadas por los obispos de la corte pontificia disponen que el modo de rezar las tres Ave María al toque de campana vespertino se haga "secundum modum curiae romanae", es decir, en piadosa genuflexión. Esta forma se extiende rápidamente por varias diócesis hasta finales del siglo XIV. La primera mención que se hace de la vinculación entre la veneración a la Virgen María por medio de la salutación angélica y el bien de la Iglesia y la paz se encuentra en una disposición que el Sínodo de Breslau de 1331 decreta para las diócesis germánicas (*Concil. German.*, t. IV, p. 317).

Tres años más tarde el concilio de la provincia de Sens, decreta lo mismo para la ciudad y villa de París, dotado la prescripción conciliar con las indulgencias dispuestas por el Papa Juan XXII. Pronto la práctica vespertina vino a completarse con la matutina.

Se distinguió, no obstante, la finalidad de una y otra, pues ya desde el principio se estableció que las tres Ave María de la mañana estuviesen destinadas a la honra de los dolores de la Virgen María al pie de la cruz, mientras que las vespertinas sirviesen al propósito de honrar la salutación del Ángel de Dios a María.

La costumbre de recitar las tres Ave María matutinas comenzó a practicarse y rápidamente extenderse durante el siglo XV, como consta por testimonio de San Antonio, arzobispo de Florencia (*Summa*, part. IV, tit. XV, c. II-III). Se constata su adopción en Alemania en el primer cuarto de siglo XV, en 1430 en la colegiata de San Pablo en Lieja, y sólo a finales de siglo en la diócesis de Bamberg.

Es de notar que hasta el siglo XIII la práctica del Ave María entraba en el uso cotidiano del pueblo juntamente con el Pater y el Credo, pero sin el incipit de los versículos evangélicos en torno a los cuales se dispondrían posteriormente las Ave María. Sin embargo es importante señalar que aunque en algunos lugares sí se intercalaban el *Angelus Domini*..., *Ecce ancilla*... y el *Et verbum*..., no es sino hasta el pontificado de San Pío V, que figuran ya decretados en el *Exercitium quotidianum*, y algo más tarde, junto a la triple doxología final en el *Manuale catholicorum* de San Pedro Canisio, editado en 1588.

La adición de las palabras de Iesu Christus al benedictus se debe al Papa Urbano XI, aunque ciertamente no viene a ser común hasta el siglo XV, momento en el cual se introduce también en la plegaria la petición final *Sancta Maria*..., cuya primera datación procede del breviario de la Orden de los Mercedarios publicado a comienzos del siglo XVI.

En Inglaterra la terminación del benedictus según la disposición de Urbano XI no se halla en uso hasta después de 1346, fecha en la cual el obispo de Bath ordena a la clerecía de su catedral la recitación matutina de cinco Ave María con la mencionada terminación en honor de la Virgen. No es sino desde 1399 que la práctica de saludar a la Virgen María mañana y tarde se halla consolidada en Inglaterra. Un año antes el arzobispo de Canterbury, Thomas Arundel ordena que en la diócesis de Londres, se observe esa doble práctica, y a petición del rey Enrique IV, acuerda cuarenta días de indulgencia a todos aquellos que matutina y vespertinamente digan un Pater y cinco Ave María.

En 1368, el concilio de Lavour, ordena que la práctica de la mañana sea completada con un Pater en honor de las cinco llagas de Nuestro Señor y siete Ave María en consideración a los dolores de la Virgen.

La costumbre del toque de campana en el mediodía es posterior a las dos anteriores y estuvo desde el comienzo destinada a venerar la Pasión y Muerte del Salvador. Sin embargo el rezo meridiano no tenía lugar, en atención a la meditación a que estaba destinado, más que los viernes. Fue el Papa Calixto III quien generalizó su uso en 1456, ordenando la observación diaria de la práctica del mediodía prescribiendo la recitación de tres Ave María a fin de obtener la intercesión divina en la guerra contra los turcos, quienes tres años antes habíanse apoderado de Constantinopla y amenazaban con asolar los reinos cristianos del Mediterráneo y de la Europa Central conturbando gravemente la estabilidad y las paz de aquellas regiones.

SIGNIFICACION TEOLOGICA Y DOCTRINAL

La plegaria del *Angelus Domini* penetra en el corazón mismo del misterio pascual en el que la fe cristiana contempla la plenitud del plan salvífico por el que el hombre, desde su condición de "caído", es no solo restaurado sino también elevado a la filiación divina. Desde esta perspectiva, se trata de una oración en la que se congregan a un tiempo las dimensiones laudatoria, impetratoria y de acción de gracias del sentir del pueblo de Dios, unidas por el sobrenatural gozo de la consideración interior de la Historia de la Salvación.

La plenitud de los tiempos anunciada en la salutación angélica tiene en María a la nueva Eva, adornada por Dios con la fidelidad y la obediencia, que en palabras de Pablo VI "con su 'fiat' generoso se convirtió por obra del Espíritu en Madre de Dios y también en verdadera Madre de los vivientes, y se convirtió también, al acoger en su seno al único Mediador en verdadera Arca de la Alianza

y verdadero Templo de Dios, como memoria de un momento culminante del diálogo de salvación entre Dios y el hombre, y conmemoración del libre consentimiento de la Virgen y de su concurso al plan de la Redención” (Pablo VI, Exhortación apostólica *MARIALIS CULTUS*, I parte, I SECCION, 6).

LUGARES TEOLOGICOS

El evangelio de San Lucas (I, 26-35) pone de manifiesto la íntima vinculación de la salutación angélica a María con el anuncio mesiánico que colma las esperanzas de Israel por medio de la intervención providencial de Dios. La Virgen María es destinada por Dios para dar cumplimiento a las promesas que en el Antiguo Testamento aparecen referidas a la Hija de Sión, por ello Nuestra Señora es invitada por el ángel a unirse al gozo mesiánico anunciado por los profetas a Jerusalén como Sofonías, en cuyo libro se encuentra la exportación al júbilo por la venida del Señor a su pueblo “Canta, oh hija de Sión: da voces de júbilo oh Israel, gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén” (Sof., 3,14). También el profeta Zacarías tiene palabras que translucen el exultante gozo que inunda el corazón de cuantos conocen la visitación prometida por el Señor “Canta y alégrate, hija de Sión: porque he aquí que vengo y moraré en medio de ti, ha dicho Yahvé. Y uniránse muchas gentes en aquel día, y me serán por pueblo, y moraré en medio de ti, y entonces conocerás que Jahvé me ha enviado a ti” (Zac. 2,20-11).

La antifona primera de vísperas de la fiesta de la Anunciación, recoge aquella profecía de Isaías según la que el Salvador vendría de la casa de David para dar término a la enemistad de Dios con el pueblo de Israel: “Dijo entonces Isaías: Oíd ahora, casa de David ¿os es poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo seáis a mi Dios? Por tanto el mismo Señor os dará señal: He aquí que la Virgen concebirá, y parirá hijo, y llamará su nombre Emmanuel.

Comerá manteca y miel para que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno” (Is. 7, 13-15).

Y como leemos en San Lucas “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David, su Padre: y reinará en la casa de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin” (Luc. 1, 32-33).

Tal como se lee en el evangelio de San Lucas (1,30) el Angel revela a la Virgen María que no ha de temer porque, habiendo hallado la gracia de Dios, al tomar carne en su seno (1,31) el Hijo de Dios viene a la Hija de Sión y pone su morada en de ella como Rey de la nueva casa de Jacob.

“Alégrate mucho, hija de Sión, da voces de júbilo, hija de Jerusalén: he aquí, tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, así sobre un pollino hijo de asna” (Zac., 9,9).

María, la Madre de Jesús recibe así, en el anuncio del Angel, la revelación de su maternidad divina, siendo por ello no sólo la primera en recibir y acoger el misterio de la consumación del designio salvífico de Dios, sino además, correalizadora de la misión redentora de Cristo. En María se concluye perfectísimamente la promesa profetizada a la hija de Sión, pero aún más la Virgen María es llamada a participar y cooperar, como Madre de Dios, Madre de la Iglesia y Madre nuestra, es decir, desde la plenitud de la maternidad, en la misericordia divina que, en Cristo, lleva a cabo la Redención de los hombres.

Al saludo del Angel sobreviene en María la turbación ocasionada por no saber de quién ni a qué procedían aquellas palabras (Luc., 1, 29), pero una vez sosegado el corazón de Nuestra Señora al recibir del Angel la revelación de su maternidad divina, sigue un silencio meditativo que se abre a una mayor inteligencia de la voluntad de Dios, es entonces cuando el Arcángel exclama: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual lo Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios” (Luc., 1,35).

El Espíritu Santo es el Espíritu Creador. La Encarnación del Verbo eterno por obra del Espíritu Santo constituye una segunda creación, una renovación de todas las cosas hasta ese momento deprimidas por la caída de Adán. Así, la renovación escatológica del nuevo pueblo de Dios se manifiesta inseparablemente unida a la restauración de la creación entera por los méritos del Verbo encarnado.

El Espíritu Santo dador de Vida y su intervención santificadora en la Virgen María constituye el momento culminante de la historia de la salvación. La acción del Espíritu consagró a María como morada de Dios, como templo y tabernáculo del Señor, como Arca de la Alianza, y por su triple corona de Hija, Madre y Esposa de Dios, como Sagrario de la Santísima Trinidad.

El aspecto esponsalicio de la relación del Espíritu con María es la primicia de la maternidad de la Virgen para con la Iglesia, pero también anticipa cierta analogía con el misterio de Pentecostés. A la Anunciación y Encarnación sigue el Magnificat, en el que María llena de gozo proclama las maravillas que en ella ha obrado el Señor (Luc., 1,46-49), en Pentecostés, la Iglesia, robustecida por el Espíritu Santo recibe la misión de la proclamación pública (ad gentes) del Evangelio. En ambos lugares, el Espíritu descendente y vivificante eleva a María, desde su maternidad divina a la materni-

dad universal.

La segunda antifona del Angelus "Ecce ancilla Domini - Fiat mihi secundum verbum tuum" (Luc., 1,38) une la disponibilidad oferente de María con el corazón del prólogo del evangelio de San Juan "Et Verbum caro factum est - Et habitabit in nobis" que sella la culminación de la Providencia salvífica de Dios.

Es la plenitud de la historia salutis en la Encarnación del Hijo de Dios lo que recuerda San Pablo al decir que "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos" (Gal., 4,4-5). La aceptación de la Virgen de la voluntad divina en el Fiat es la aceptación que el pueblo de Dios rinde con júbilo a la divina misericordia. Pero al mismo tiempo el Fiat pronunciado por María se nos revela como la profesión perfectísima de fe de la que brota la nueva alianza de Dios con los Hombres en Cristo que abre el camino de la salvación. El Hijo de Dios se hace hijo del hombre para vivificar al hombre con la filiación divina.

La oración con que se concluye el Angelus "Gratiam tuam..." manifiesta la estrechísima unión que vincula el misterio de la Encarnación con la Pasión, Muerte y Resurrección pascuales, se trata por tanto de una brevísima pero bellísima plegaria en la que se concentra lo nuclear de la historia de la salvación, desde la Anunciación hasta la resurrección por los méritos de Cristo. Si por la Encarnación acontece la venida al mundo del Autor de la Vida, por la Muerte y Resurrección de El somos los hombres reconciliados, en la nueva filiación, con Dios (Rom., 5,6, 2 Cor 5, 18-21). Así pues, y según la analogía entre los acontecimientos del Magnificat y Pentecostés, reconocemos que el designio del amor divino quiso que la obra corredentora de María se prolongase y perpetuase en su asistencia y amparo a la Iglesia (Jn., 19,25-27). María, hija de Sión, la nueva Jerusalén, es también por expresa voluntad de Dios Madre de todos aquellos que creen en Cristo.

ALGUNOS ASPECTOS DE CONTENIDO ESPIRITUAL

En la Exhortación Apostólica **MARIALIS CULTUS**, el Papa Pablo VI escribe a propósito del Angelus:

"El Angelus no tiene necesidad de restauración: la estructura sencilla, el carácter bíblico, el origen histórico que lo enlaza con la incolumidad en la paz, el ritmo casi litúrgico que santifica momentos diversos de la jornada, la apertura hacia el misterio pascual, por lo cual mientras

conmemoramos la Encarnación del Hijo de Dios pedimos ser llevados por su Pasión y Cruz a la gloria de la resurrección, hace que a distancia de siglos conserve inalterado su valor e intacto frescor. Es verdad que algunas costumbres tradicionalmente asociadas al rezo del Angelus han desaparecido o difícilmente pueden conservarse en la vida moderna, pero se trata de la contemplación del misterio de la Encarnación del Verbo, del saludo a la Virgen y del recurso a su misericordiosa intercesión y no obstante el cambio de las condiciones de los tiempos, permanecen invariados para la mayor parte de los hombres esos momentos característicos de la jornada (mañana, mediodía y noche) que señalan los tiempos de su actividad y constituyen una invitación a hacer un alto para orar" (MC, 41).

La continua proposición del Angelus en los momentos señalados de la jornada suponen una invitación a vivir los misterios que en él se contienen, como ha señalado el Papa Juan Pablo II recientemente en su visita al santuario de Máriapócs "aprovecho la ocasión para recomendar su rezo en aquellos momentos característicos de la jornada —mañana, mediodía y noche— que marcan el ritmo de las actividades cotidianas, y deseo que en la meditación de los misterios de la Redención cada uno pueda encontrar consuelo y confortación. La historia de la salvación, recordada de este modo, debe insertarse en vuestra vida de cada día, iluminándola desde dentro y orientándola hacia su cumplimiento sobrenatural".

En el Angelus hallamos la ocasión de profundizar en el amor a Cristo por medio de la contemplación de cada uno de los pasos en que se ha manifestado el designio salvífico de Dios en la Redención de los hombres. Hallamos también en María, el modelo de la cuádruple dimensión (oyente, orante, maternal y oferente, cfr. *Marialis Cultus*, 17-20) del sentir de la fe de la Iglesia, por último, encontramos también en ella desde su maternidad espiritual del Cuerpo Místico la confianza en la custodia e intercesión de la Abogada y Auxiliadora de la Iglesia.

En Angelus es una plegaria de devoción eminentemente mariana, y como tal, esencialmente cristológica y trinitaria:

"En la Virgen María, todo es referido a Cristo y todo depende de El: en vistas a El, Dios Padre eligió desde toda la eternidad como Padre toda santa y la adornó con dones del Espíritu Santo que no fueron concedidos a ningún otro.

Ciertamente, la genuina piedad cristiana no ha dejado nunca de poner de relieve el vínculo indisoluble y la esencial referencia de la Virgen al Salvador divino” (MC, 25).

San Ildefonso hace también notar lo intrínsecamente cristológico del culto a la Madre de Dios con palabras que expresan la inseparabilidad de la veneración a María de su ofrecimiento y entrega generosa al designio divino de la Encarnación del Verbo:

“se atribuye al Señor lo que se ofrece como servicio a la esclava, de este modo redundando en favor del Hijo lo que es debido a la Madre y así recae igualmente sobre el Rey el honor rendido como humilde tributo a la Reina”.

(“De virginitate perpetua sanctae Mariae”, cap. XII).

El rezo del Angelus, anima, pues, a participar el anuncio gozoso hecho por el Angel a María, invita a contemplar a la Virgen como aquel lugar purísimo en que, por contraposición a Eva, acontece la venida en la carne de Angel por cuya Muerte y Resurrección es sanada la creación entera. Encontramos asimismo, el nuevo Génesis en el que Cristo se hace hombre naciendo de una Virgen, para dar cumplimiento a la obra divina, y así destacar la unión esponsal en la que el Verbo asume la naturaleza humana para que el nuevo hombre, revestido de Cristo alcance la gloria de la resurrección. Encontramos, por último, el amor y la confianza en María, ejemplo y camino seguro que conduce a Cristo. De nuevo San Ildefonso exhorta a acudir a la maternal mediación de María como modo de unirnos más a Cristo por el don del Espíritu de engendrarle en nuestra propia alma:

“Te pido, te pido oh Virgen Santa, obtener a Jesús por mediación del mismo Espíritu por el que tú has engendrado a Jesús. Reciba mi alma a Jesús por obra del Espíritu, por el cual tu carne ha concebido al mismo Jesús. Que yo ame a Jesús en el mismo Espíritu en el cual tú lo adoras como Señor y lo contemplas como Hijo”.

(De virginitate perpetua Sanctae Mariae cap. XII).

A la obediencia y sumisión de la Virgen se une el cumplimiento de Cristo de la voluntad del Padre. Es por ello que el Fiat de María expresado en la segunda antífona del Angelus está referido al Fiat por el que la

segunda persona de la Santísima Trinidad humillándose hasta el extremo viene a hacerse hombre dando así cumplimiento a la voluntad reconciliadora del Padre Eterno, preludio pascual ya que el rebajamiento del Verbo Eterno a la condición de siervo termina y se ordena a la glorificación de Cristo como Señor (Flp., 2,5-7).

La meditación de los densos contenidos en torno a los que se estructura el saludo a la Virgen con el recurso a su maternal y misericordiosa intercesión, se armoniza en el Angelus con la oración impetratoria de la segunda parte del Ave María, honrando a María indisolublemente unida a la obra de salvación de su Hijo. Es de este modo que la estructura del Angelus une la fundamentabilidad de su contenido teológico y doctrinal del acontecimiento fontal de la salvación, con la bellísima y confiada alabanza del saludo del Angel a la Madre de Dios.

Hablando de la fuerza renovadora con que la piedad mariana, de modo subordinado a la piedad para con el Salvador, despierta el sentir del pueblo cristiano, escribe Pablo VI en la *Marialis Cultus*:

“La razón de dicha eficacia se intuye fácilmente. En efecto, la múltiple misión de María hacia el Pueblo de Dios es una realidad sobrenatural operante y fecunda en el organismo eclesial. Y alegra el considerar los singulares aspectos de dicha misión, y ver cómo ellos se orienta, cada uno con su eficacia propia, hacia el mismo fin: reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo primogénito. Queremos decir que la maternal intercesión de la Virgen, su santidad ejemplar y la gracia divina que hay en Ella, se convierten para el género humano en motivo de esperanza” (MC, 57).

EL IDEAL DE CRUZADA EN EL PONTIFICADO DE CALIXTO III

El Papa Juan Pablo II recordó el pasado 18 de agosto en Máriapócs un aspecto esencialmente unido a la devoción a María en el Angelus como es su origen histórico relacionado con la aspiración a la paz y a la tranquilidad de los pueblos cristianos en un momento de gran peligro y zozobra de la vida religiosa y civil de la Cristiandad.

En 1455 Alfonso de Borja, por la divina Providencia Calixto III, fue promovido a ocupar la cátedra de Pedro. En sólo dos puntos se condensaba la intención programática del nuevo Papa: la paz y armonía entre las diversas potencias italianas y la guerra de todas las naciones

cristianas unidas contra el creciente imperio de la Media Luna. Aunque amigo del rey Alfonso de Aragón, no cedió en lo más mínimo en la ambición política de éste consistente en la subyugación de toda Italia a la corona del Rey de Nápoles, sino que prefirió la tradicional política de los pontífices romanos de mantener la total independencia de los estados pontificios. Sin embargo las miras de Calixto III se dirigían, con mayor ardor si cabe, en recabar los dineros indispensables para poder llevar a cabo una política firme de defensa armada de la cristiandad frente al turco.

La enorme decepción que supuso para el Rey Alfonso el que el Papa atendiese con mayor decisión la paz de Italia y la libertad de la Santa sede y no sus propios requerimientos en el orden político, fue seguida de un programa diplomático cuya finalidad consistía en desestabilizar, por medio de alianzas con Milán, Florencia y Venecia, los intentos pacificadores del Papa. Más aún, Alfonso reclamó del pontífice la cesión de determinados territorios de la Iglesia como feudos a los que Calixto III se negó, como tampoco dio su aprobación a la petición de Alfonso del arzobispado de Zaragoza para un nieto suyo de once años. La acción decidida del monarca para tomar el pulso político del nuevo Papa originó la tirantez de relaciones entre ambos antiguos amigos, así como también la necesidad por parte del pontífice de redoblar sus esfuerzos armonizadores de la política interna de Italia.

En otro orden de cosas, y sobreponiéndose a tales discordias y amarguras, Calixto III se elevó, como cabeza de la cristiandad, a la defensa y propagación del ideal de la cruzada contra los enemigos de la fe cristiana, con una tenacidad y viveza providenciales.

En el cónclave en el que fue elegido sucesor de Pedro, Calixto III profesó un solemne voto que no tardó en divulgarse por todas las naciones, y en el que se invitaba a todos los cristianos a unirse al Papa en la defensa de la fe:

“Yo, el Papa Calixto III, prometo y juro a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a la siempre Virgen Madre de Dios, a los santos apóstoles Pedro y Pablo y a toda la curia celeste, que me emplearé enteramente, hasta el derramamiento de mi sangre, si es preciso, y pondré toda la diligencia posible, según el consejo de mis venerables hermanos, para la recuperación de la ciudad de Constantinopla, y liberación de los cautivos cristianos, para la exaltación de la fe ortodoxa y exterminación de la diabólica secta de Mahoma. Y si me olvidare de ti, Jerusa-

lén, caiga en olvido mi diestra, y péguese mi lengua al paladar si no me acordare de tu, Jerusalén”.

(Rainaldi, *Annale*, a. 1455, n. 18).

Testimonio tan elocuente y lleno de apasionado ardor en la defensa de la fe y en la convicción de la gravedad de la obligación de la Santa Sede en el gobierno y custodia de la cristiandad es proporcional al peligro que en esos momentos se cernía sobre los pueblos cristianos.

Constantinopla, capital del imperio de Oriente y puerta de Europa, había caído en 1453 bajo el dominio turco de Mahomet III que entonces ya se extendía desde el Danubio por todo el litoral del norte de Africa y amenazaba a la misma Italia. La Europa cristiana, dividida como lo estaba entonces por intrigas políticas, internas exhibía una preocupante debilidad y desconcierto frente a la amenaza, cada vez mayor, de las ansias de dominación del imperio turco. Sin embargo, más que esta situación, lo que preocupaba al Papa Calixto III era la prácticamente completa insensibilidad de los monarcas cristianos con respecto a la causa común de la defensa de la fe.

En su breve pero intenso pontificado Calixto III trabajó incansablemente por despertar en los soberanos cristianos aquel alto ideal, y no tuvo más preocupación que aunar todas las fuerzas de Occidente contra el inminente peligro otomano, proyecto que pasaba por la necesidad de equipar un nutrido ejército que defendiese Hungría y crear una escuadra que pudiese defender el Mediterráneo oriental.

LA BATALLA DE BELGRADO: SAN JUAN CAPISTRANO Y JUAN HUNYADES

El 15 de mayo de 1455 promulgó el Papa una bula de cruzada en la que se fijaba el 1 de marzo de 1456 como fecha de partida de las tropas. Determinada la fecha, no quedaba sino conminar a los príncipes cristianos a una eficaz y generosa colaboración, labor que Calixto III encomendó a los legados que a ese fin envió a las principales naciones: a Hungría, el cardenal Dionisio Széchy, a Inglaterra y Alemania, el cardenal Nicolás de Cusa, a Francia el cardenal Alain, y muy especialmente, en labor de coordinación, hacia Alemania, Hungría y Polonia, el cardenal Juan de Carvajal.

Junto a esto, predicadores y recaudadores de diezmos para la cruzada partieron en dirección a España, Alemania, Polonia, Dalmacia, Escocia, Irlanda y Escandinavia.



La mayor parte de los predicadores fue escogida por el Papa de entre los Minoritas de la Observancia —entre ellos la figura insigne de San Juan de Capistrano— y de los monjes de la orden de San Agustín, a los que el Papa ordenó, bajo excomunión, que se encargasen de la predicación de la guerra Santa.

El propio Papa quiso encabezar la cruzada, y así, adelantóse y en septiembre de 1455 mandó una flota de galeras de socorro de las islas del mar Egeo, que habían sufrido las acometidas de la armada turca, sin embargo la escuadra naufragó antes de arribar a aquellas latitudes, cosa que llenó de tristeza al Papa que sin embargo se dispuso rápidamente a construir una nueva flota de seis naves a las que vinieron a unirse las quince que entregó el rey de Nápoles, siendo así que Alfonso de Aragón fue el único monarca que contribuyó a la victorias que aquella flota obtendría bajo la dirección del cardenal Ludovico Scarampo,, almirante pontificio en aquella ocasión.

Hungría era por aquel entonces la potencia más temida por el sultán Mahomet III, y no buscaba otra cosa que aniquilarla militarmente para así robustecer y consolidar su dominio sobre aquella región de Europa.

El primer semestre de 1456 lo ocupó el sultán en reunir y armar un poderoso ejército destinado al sitio de la ciudad de Belgrado, hecho lo cual partió hacia la plaza con unas huestes de más de cien mil hombres. Juzgaba el infiel que tras haber conquistado Constantinopla, el sitio de Belgrado resultaría empresa fácil, pero he aquí que después de un duro asedio, y cuando ya comenzaba a sentirse el desánimo entre los sitiados, llegó su salvación proveniente de un militar y un religioso: el uno Juan Hunyades, el otro San Juan de Capistrano.

Las fatigas de estos dos insignes hombres fue mayormente apoyada por el legado pontificio Juan de Carvajal, quien ya desde 1455 se hallaba en Viena. Llegaba con promesas de socorro militar que sólo en una mínima porción se cumplieron, pero repartió eficacísimos dones espirituales como era la indulgencia plenaria para todos aquellos que tomasen parte en la cruzada. Se entregó con gran empeño el cardenal Carvajal a infundir ánimos en los húngaros anunciándoles la proximidad de la llegada de la flota pontificia y de las mesnadas del rey de Nápoles y del duque de Borgoña.

El rey Ladislao de Hungría y buena parte de su corte huyeron a Viena ante la noticia de que los ejércitos turcos se acercaban a Belgrado. La situación de indefensión en que se hallaba Hungría por cobardía de sus notables fue ampliamente suplida por el espíritu de cruzada y custodia de la cristiandad de los tres mencionados varones. Hunyades, reunió a unos siete mil hombres, Carvajal, no

cejó en procurar que de todas partes vinieran más cruzados para unirse a los de Hunyades, Capistrano encendía con sus predicaciones el corazón de aquellos hombres cuya sangre y valor habría de impedir la victoria del infiel con la firme voluntad, en fidelidad a la Iglesia y al Papa, de luchar en el bando de la verdadera fe.

El sultán Mohamet había cercado la ciudad por tierra y por agua, así, que la primera acometida de los cruzados que capitaneaba Hunyades se dirigió contra el bloqueo fluvial de la armada turca. El prolongado y sangriento combate terminó con la destrucción de las naves infieles y la entrada por aquel tramo del Danubio del ejército libertador en el que se encontraba Capistrano, el cual enardecía a los cruzados elevando el crucifijo que le había enviado Calixto III, e invocando a viva voz el nombre de Jesús. Contrariado el sultán por la derrota, decidió el aniquilamiento completo de la plaza. Fue así que el día 21 de julio, situándose a la cabeza de los suyos y al grito de “Alláh”!, avanzó sobre la ciudad desarrollándose un terrible ataque. Por su parte, Capistrano, viendo la saña con que acometían los infieles, y subido a lo alto de la torre de la muralla, mostraba a los suyos el crucifijo bendecido por el Papa e imploraba suplicante el auxilio del Altísimo. Una crónica recogida en el Codex Palatinus (368, f. 283) dice así:

“Pater iste devotus Capistranus in pinnaculo in loco eminenti castris stans, crucifixum in altum erigens clamabat eiulatu flebili: O Deus meus, O Jesu, ubi sunt misericordie tue antique? O veni, in auditorium veni! noli tardare, veni, libera nos quos pretioso sanguine redemisti, veni, noli tardare, ne dicatur: ubi est deus eorum?”.

La batalla prosiguió con crudeza hasta que de mañana los turcos fueron derrotados y su campamento presa de los cristianos. Las palabras de Nicolás de Cusa son elocuentes:

“Así venció la Cruz de Cristo sobre los enemigos la Cruz”.

Belgrado, Hungría y la Cristiandad entera quedaban por fin a seguro de la dominación otomana merced a dos hombres que se constituyeron en alma de la lucha, San Juan de Capistrano y Juan Hunyades. Pero no de menor magnitud fueron la prestancia del legado pontificio, el cardenal Carvajal y el preclaro empeño en la salvaguarda de la Iglesia y de sus fieles del Papa Calixto III quien sintió un gran regocijo al serle participada la noticia de

la victoria.

Jacopo Calcattera, embajador de Milán ante el Papa, cuenta, tras una conferencia que ‘ con el pontífice del 28 de junio de 1456, que éste se sentía grandemente apesadumbrado bajo el peso de la situación al verse abandonado, en la defensa de la cristiandad, por los príncipes cristianos pero asistido por la misericordia divina no dejaba de mostrarse dispuesto a sacrificarse él mismo por la causa de Dios. El mismo Calcattera recoge unas palabras que en su presencia pronunció el Papa:

“Reconozco y creo firmemente que es tu voluntad, ¡Oh Dios omnipotente! que yo solo me fatigue y muera por el bien común. ¡Ea pues! estoy dispuesto, aun cuando tuviera que entregarme yo mismo a la cautividad. Por la cruzada quiero enajenar sin excepción todos los bienes de la Iglesia”.

Y aludiendo a la peste que por entonces se extendía con virulencia por Roma dijo el Papa:

“Por ningún precio me ausentaré de Roma, aun cuando hubiera de sucumbir aquí al contagio como tantos otros. A esto me impele el infiel Mohamet, enemigo de nuestra Fe, que no empeze en sus conatos de extender su poderío, por más que en su enorme ejército mueran de la peste a millares”.

Como se observa por estas declaraciones, Calixto III sentía muy hondamente el peligro a que estaba sujeta la cristiandad entera. La enorme turbación de la vida religiosa y civil preocupaba al Papa de manera sólo comparable al ardentísimo celo con que la divina Providencia había adornado su misión pontifical. En nada extraña, pues, que su alborozo al conocer tan memorable y esperanzadora noticia fuese tan grandemente compartido por toda la ciudad de Roma, en la que se echaron las campanas al vuelo, mientras el Papa pronunciaba el *Te Deum*. Toda suerte de celebraciones y festejos parecían poco al anciano pontífice para manifestar su júbilo.

LA VICTORIA PROCEDE DE LA MISERICORDIA DIVINA

“Nisi Dominus aedificaverit domum,
in vanum laborant qui aedificant eam.
Nisi Dominus custodierit civitatem,
frustra vigilat qui custodiat eam.

...

Beatus vir qui implevit desiderium suum ex ipsis
non confundetur cum loquetur inimicis suis in porta” (Salmo 126)

Desesperanzado de toda proyección humana el sumo pontífice buscó, cuando los príncipes parecían no advertir la gravedad de la amenaza turca, refugio, esperanza y consuelo en el auxilio divino. De esta manera, el 29 de junio de 1456, festividad de San Pedro y San Pablo, se dirigió a todos los patriarcas, arzobispos, obispos y abades de la Cristiandad, por medio de la bula “CUM HIS SUPERIORIBUS ANNIS”, exhortándoles a que se convirtieran a Dios con oraciones, ayunos y penitencias con objeto de alcanzar la protección divina contra las pretensiones del sultán.

En particular mandaba el Papa que el domingo primero de cada mes se celebrase en todos los lugares una procesión de rogativas para obtener el favor de Dios contra el peligro otomano, dicha procesión debía ir seguida de una misa “Contra Paganos” en la que se dirigiese al pueblo una plática destinada a encender el celo de los fieles en la custodia de la verdadera fe, para así sentir más íntimamente con quien ostentaba la misión de apacentar y defender la grey del Señor.

Además se ordenó que se incluyera en todas las misas la siguiente plegaria:

“Omnipotente, sempiterno Dios, en cuya mano están todos los poderes y todos los derechos de todos los imperios, protege a la Cristiandad, para que los infieles, que confían en sus propias fuerzas, sean aniquilados por tu poder”.

Todas las devotas prácticas a que se referían los anteriores mandatos iban acompañadas de las debidas indulgencias, sin embargo, quiso el Papa que éstas pudieran ser alcanzadas por todos los fieles y no sólo por los sacerdotes como quiera que lo que se hallaba próximo era la paz, sosiego e independencia de los pueblos cristianos. Fue por ello que el Papa dispuso que todos, sin excepción, tomaran parte en dichas oraciones y penitencias, y así, mandó que en todas las iglesias, diariamente entre las horas de nona y vísperas, se tocasen varias veces las campanas, como ya se hacía para rezar el *Angelus vespertino*, con objeto de rezar tres *Pater noster* y tres *Ave María*, concediéndose por ello diversas indulgencias.

Como relata el cardenal de Fluxo, legado de la sede romana en Albania, a resultas de una carta de 13 de octubre de 1456 que le envía el Papa, el pontífice “velaba

ardientemente por la observancia de su Bula”. Con relación a esto escribe el propio Calixto III en el Breve DUCI BURGUNDIE enviado a su legado en Inglaterra:

“Ceterum quoniam vires humane sine Deo inanes sunt quod videri potuit in exercitum turcorum, mittimus ad nobilitatem tuam bullam orationum, quam fecimus et per universam christianitatem publicare et observari mandamus, prout iam per totam Italiam, Alamanniam, Hungariam, et Hispaniam et, ut credimus, Franciam publicata existit et observatur, ut eam in toto tuo dominio et publicari facias et observari, ita ut continuato per orbem christianum orationum studio ipse Deus noster det succesum laboribus nostris contra hos perfidos sue religionis hostes”. (Liv. brev. 7, f. 47-48).

El Papa Calixto III remitió la victoria de Belgrado a las oraciones decretadas en esta Bula para toda la cristiandad. Dice Pastor en su *Historia de los Papas* que la alegría que inundó a toda la cristiandad tras la derrota del infiel, parecía no conocer límites, y tanto era así que “donde quiera que latía un corazón animado por la fe cristiana, se recibía la noticia de la victoria como una dádiva del Señor”. (Pastor, op. cit., II, I.IV, 399). Nadie, sin embargo, experimentó mayor alegría que la del Papa, quien en el Breve a Ragusa de agosto de 1456, escribe:

“Copertum enim est, quid divina illa maiestas nunc pro sua sacrosancta religione operata sit nostris et aliorum Christifidelium precibus inclinata, quas cum summa devotione per universum orbem christianum fieri mandamus”. (Lib. Brev., 7, f. 27-28).

Consideró el Papa la victoria de Belgrado como el más gozoso acontecimiento de su vida. En Roma, se produjo, como ya hemos dicho, un gran júbilo. Calixto III mandó emisarios a todas las naciones para dar a conocer tan dichosa gesta, dispuso también que repicasen las campanas de todos los templos y que se celebrasen procesiones de acción de gracias para de este modo proclamar ante el pueblo la victoria del modo más solemne.

El ya mencionado embajador milanés, Jacopo Calcaterra, relata, en un acta de 24 de agosto de 1456 que “el Papa estaba tan lleno del grande acontecimiento, que volvía de continuo sobre él, y levantaba hasta el cielo el nombre de Hunyades, llamándole el más famoso varón que había visto el mundo de trescientos años acá. Y no

menos lamentaba la flojedad de los Estados del Reino húngaro, que no habían apoyado a Hunyades y a los cruzados.

La victoria, como narra el acta de Calcaterra, era, no obstante, atribuida por el Papa, antes al favor divino que al denuedo humano:

“Dios ha concedido esta victoria, principalmente para vergüenza y confusión de aquellos que condenaban mis esfuerzos por la cruzada, diciendo que no se sabía lo que con eso se intentaba, que eran ensueños por los cuales yo arrojaba por la ventana los tesoros de la Iglesia, que habían atesorado los otros Papas”.

Las noticias que desde Hungría le llegaban le hacían albergar la idea de que la liberación de Belgrado podría ser el hecho que consumara lo que tantas veces había deseado: la sojuzgación y destrucción de la secta infiel de Mahoma. De ese tenor eran los informes que Calixto III recibía de Capistrano, el cual envía, pocos días después de la victoria, una carta al Papa en la que le dice:

“Santísimo Padre, ahora ha llegado el tiempo tuyo. El día de la salvación de la Cristiandad ha amanecido, este es el momento en que puede llegar a cumplirse el anhelo, por tanto tiempo alimentado por Vuestra Santidad, de que no sólo se reconquiste el Imperio griego de Europa, sino que caigan también en nuestro poder Jerusalén y la Tierra Santa”. (Zinkeisen, Oriental. Fr. 557).

También Hunyades, preso del mismo optimismo, escribía al Papa:

“Sepa solamente Vuestra Santidad que, por el momento, el emperador de los turcos está tan completamente aniquilado y destruido, que con solo que los cristianos se quisieran levantar contra él, como se ha hecho ahora, con el auxilio divino, podrían muy fácilmente apoderarse del Imperio turco”. (Theiner, Mon. Ung. II, 282).

Sin embargo, las crecidas esperanzas de Calixto III vinieron a sufrir un fuerte golpe. Desatada una terrible peste en Hungría, arrebató el 11 de agosto de 1456 a Hunyades. El Papa, al conocer tan triste noticia sintió un tremendo dolor, que expresó en una carta al cardenal Alain, diciendo que aquel héroe había, sin ningún género de duda, alcanzado el glorioso ejército de los mártires.

Por más infortunio, poco tiempo después, el 23 de

octubre fallecía también San Juan de Capistrano, refulgente cruzado e incansable predicador de la cruzada.

La gravedad de estas dos pérdidas, unida a la tibieza y desinterés de los príncipes cristianos en la guerra santa hizo ciertamente mella en el corazón del Papa. Escribió a los reyes para apremiarles a que dieran gracias a Dios por la victoria y que aprovecharan los frutos de ella, pero a los ruegos y exhortaciones del Papa respondieron los soberanos con la frialdad con que Venecia daba constantes largas a los requerimientos de Roma. A propósito de la política veneciana, particularmente ordenada a no promover ni secundar acción alguna que pudiera hacer peligrar sus buenas relaciones comerciales con el imperio turco, no extraña pero sí llama la atención, el hecho de que casi un siglo más tarde, en 1552, cuando San Ignacio sugiere un plan, harto similar al que en 1572 hizo que San Pío V pudiera formar la Santa Liga, Venecia siga adoptando idéntica línea diplomática.

En un par de cartas, (ya aparecidas en “Cristiandad” en agosto de 1944) fechadas ambas el 6 de agosto de 1552, escritas por el P. Polanco por comisión de San Ignacio y dirigidas al P. Nadal, San Ignacio cree, muy fundamentalmente, no hallarse en la intención de Venecia disposición alguna para aportar las galeras que sí pueden solicitarse de otros señoríos italianos. El interés mercantilista de Venecia, juzga San Ignacio, parece hallarse en la raíz de su inhibición y hasta de su descontento en la promoción de la defensa de la cristiandad frente a los infieles turcos.

La misma actitud encontró Calixto III ante las continuas dilaciones con que el gobierno de esa ciudad respondía a los solícitos requerimientos del Papa.

Contristado el pontífice, se empleó en buscar apoyo a la causa en los reinos cristianos de Etiopía, Georgia y Persia, pero los intentos resultaron ser infructuosos por insuficientes.

LA FESTIVIDAD DE LA TRANSFIGURACION

El Papa Calixto III quiso que la liberación del sitio de Belgrado fuese perpetuamente recordada y celebrada por todos los hijos de María como la gesta que pudo llevarse a feliz término merced a la intercesión con que la Madre de la Iglesia alcanzó del Rey Eterno tan providencial victoria. Fue así como, llevado por el amor a la Madre de Dios, decretó el Papa, en la Bula INTER DIVINAE DISPOSITIONIS de 6 de agosto de 1457, que en adelante y para perpetua memoria de la maternal solicitud de María para con la Iglesia, quedase instituida la fiesta de la Transfiguración del Señor cada 6 de agosto,

y mandó que fuera solemnemente celebrada en toda la Cristiandad.

La mencionada Bula constituye un documento de incomparable valor para determinar el sentir del Papa en torno a lo providencial de la derrota infringida a los turcos. En ella leemos:

“O bone Jesu, dux et Salvator noster, fortitudo vera et tutissimum certumque praesidium ad Te confungentium christianorum, ea pietate, qua ipsos proprio sanguine redemisti, gladium tuum super inimicorum capita fungentium intromittens, non pauciores sese mutua caede necarunt, quan a nostris praelio interempti fuisent”. (Bul. Rom., t.V.a. 1457, p. 137).

La institución de esta festividad, cuyo carácter se halla principalmente en la acción de gracias por las mercedes concedidas por el Altísimo, fue acompañada por numerosas indulgencias.

No deja de ser significativo que las dos cartas de San Ignacio antes mencionadas estén fechadas precisamente en 6 de agosto de 1552, lo indica dos cosas: en primer lugar que San Ignacio tenía en el corazón, con poderosísima fuerza, el sentir de la custodia de la Cristiandad, en segundo lugar, que se había cumplido la intención de Calixto III quien confiaba en que, por medio de los bienes espirituales que se podían obtener como consecuencia de la observancia devota y suplicante de lo decretado en la Bula de 6 de agosto de 1457, se inflamase de nuevo en los pueblos cristianos el entusiasmo por la santa cruzada. Este espíritu de servicio a la Iglesia por medio del recurso a la intercesión de la Madre de Dios animó el corazón de Calixto III, pero la pervivencia de este santo ideal junto con el auxilio de María no dejó en momento alguno de insuflar en la Iglesia el ardor con que andando el tiempo la Liga Santa batallaría y vencería a los enemigos del pueblo de Dios. María, presente en la batalla de Belgrado por el Angelus, y presente en la esperanza de cuantos combatieron en Lepanto por la devoción al Santo Rosario, no deja de amparar a la Iglesia en las vicisitudes con que los abominadores de la palabra de Dios la acechan. En palabras de Pablo VI:

“La misión maternal de la Virgen empuja al pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a Aquella que está siempre dispuesta a acogerlo con afecto de madre y con eficaz ayuda de auxiliadora, por eso el Pueblo de Dios la invoca como Consoladora de los Afligidos, Salud de los Enfermos, Refugio de los Pecadores, para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad y fuerza liberadora en el pecado”.



LA ESPERANZA EN EL TRIUNFO DEL CORAZON INMACULADO DE MARIA

MANUEL M^a DOMENECH IZQUIERDO

Supuesta la sentencia de Aristóteles: “Los errores dan testimonio de la verdad, no sólo porque se apartan de ella, sino, incluso, unos de los otros”¹, no es de extrañar que la historia de las herejías se haya desarrollado según un proceso dialéctico.

Así mientras Nestorio defendió que lo primero que hubo en Jesús de Nazareth fue un puro hombre, Valentín y otros sostuvieron que nunca hubo realmente un hombre en Cristo, pues rechazaron la realidad material de su cuerpo. Los nestorianos ensalzaban al hombre hasta hacerlo capaz de ser como Dios, ya que sostenían que el hombre mereció ser hecho Hijo de Dios. Los otros rebajaron el poder de Dios hasta reducirlo al poder del hombre, ya que no reconocieron que Dios fuera tan poderoso que pudiera hacerse hombre. Los primeros pretendían que era posible al hombre mismo que a Dios y los segundos no quisieron admitir que lo que no es posible al hombre es posible a Dios². Nada de Cristo existió sin ser de la Segunda Persona Divina, que asumió la naturaleza humana íntegra, que tomó de su Madre como los demás hombres. Así la Encarnación del Verbo Divino alcanza hasta lo más ínfimo de la materialidad del cuerpo de Cristo.

Pelagio pretendía que el hombre se justifica a sí mismo y Lutero que ni Dios puede justificar al hombre. Se ve un paralelismo perfecto entre el par Nestorio y Valentín y el par Pelagio y Lutero. Nestorio y Pelagio afirmaban que “el hombre puede hacerse Dios” y “que el hombre puede hacerse bueno”, mientras que Valentín y Lutero negaban respectivamente, “que Dios pudo hacerse hombre” y que “Dios podía hacernos buenos”. Nada de la obra buena se hace sin la gracia. Pero como esa obra es toda del justo y toda de Dios porque la gracia no destruye la naturaleza sino que la sana y la eleva y así la salva, puede decir la liturgia de los santos que cuando Dios los premia “corona sus propios dones”. Sin Cristo nada podemos hacer pero la acción salvífica de la Gracia llega hasta lo más recóndito del obrar humano, hasta la más íntima disposición del corazón del hombre. Por eso, la historia de la Iglesia es la historia de las maravillosas obras de sus santos.

Ese par de herejías contradictorias se manifiesta hoy

en el ámbito humanista. Por un lado, los que pretenden que el hombre llega a su bienaventuranza por un desarrollo progresivo al alcance de sus propias fuerzas y, por otro, los que, pensando que Cristo no puede triunfar en la historia, propugnan aquella religiosidad vaporosa que queda desencarnada del quehacer humano. No se desea aquel estado de cosas en que “la Fe, haciéndose historia en los hombres, llega incluso a hacer cristiana la cultura”, como nos decía Juan Pablo II en Santiago de Compostela en el verano de 1989.

El progresismo contemporáneo es el ejercicio del pecado original en plena acción, la continuidad en el intento contumaz de edificar la torre de Babel, a lo que muchos no saben más que oponer una beatería catastrófica. El eclecticismo consensuado de la versión moderna de este par de herejías contradictorias, lleva al colaboracionismo inmoral con el espíritu del mundo, diluido en el fariseísmo de una liturgia hipócrita. Es la democracia pseudo-religiosa que, política y socialmente, en forma de dictadura inapelable, viene sufriendo el pueblo cristiano fiel a la verdad desde hace ya mucho tiempo en todo el mundo.

El patrocinio de San José, Padre Mesiánico de Nuestro Señor Jesucristo,³ debe ser considerado ahora como un catalizador sobrenatural que acelere la eficacia del manto azul del Corazón Inmaculado de María contra tanta desgracia.

“María ha sido la vencedora de todas las herejías en el universo mundo”⁴. Aquel popular “Viva María Madre de Dios” que siguió al concilio de Efeso, fulmina a la vez los errores de Nestorio y Valentín. Porque María es Madre de Dios, se entiende a la vez que Cristo es Dios y hombre verdadero. María Inmaculada brilla igualmente disipando las tinieblas de Pelagio y de Lutero. Nada puede hacer María para comenzar su ser desde una Inmaculada Concepción y, a la vez, queda claro que la justificación de la gracia puede barrer, real y verdaderamente, hasta la menor brizna de pecado. Igual que la Maternidad Divina de María ilumina el misterio de la Encarnación, la Mater Divinae Gratiae alumbró la verdad sobre la justificación. De la misma manera, la que es Madre de Cristo y Madre de la Divina Gracia, es Madre

de la Iglesia Universal y como el misterio de Cristo y de su Iglesia concierne a todos los hombres, una vez más, es María la Madre que vence sobre los engaños de la herejía. La glorificación de María aparta de la tentación de creer que el hombre se realiza exclusivamente por sus propias fuerzas y, además, manifiesta que la acción de la Gracia alcanza hasta las más elementales realidades humanas. Llega hasta el vino de las bodas.⁵

La verdad del triunfo final del Corazón Inmaculado de María ayuda a la Fe y anima la Esperanza cristianas en medio del mundo en estos tiempos apocalípticos, porque no sólo espera el juicio de Dios sobre los asesinos de los mártires, sino que también ve la luz del Reino de Cristo en el resplandor de la Nueva Jerusalén que desciende del cielo⁷ y hace de la tierra como un nuevo paraíso, graciosa antesala de la visión beatífica en la eternidad que seguirá a la historia.

Es fácil ver que esta doctrina está contenida en el tesoro de la Revelación. María no podría decir que “será llamada bienaventurada por todas las generaciones”⁸ si, al final de la historia, la vida religiosa quedara relegada a los rincones de algunas sacristías, y ese fuera el ideal más perfecto de cómo las culturas y civilizaciones reconocieran el misterio de amor por el que Dios dio su Hijo al mundo.

La bestia del mar tiene potestad sobre tribus y pueblos y lenguas y naciones⁹, pero el Evangelio eterno debe anunciarse también a todos ellos¹⁰, y, al final, toda criatura del cielo, la tierra, el mar y lo que está debajo, dará gloria y honor al Cordero por los siglos de los siglos.¹¹

El pueblo cristiano, al contemplar el quinto misterio glorioso del Santo Rosario y proclamar la Coronación de María sobre todo lo creado, no excluye de entre “lo creado” la historia de los hombres.

Lourdes representó un eco celestial de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María. La verdad del Triunfo de su Corazón Inmaculado, podría ser un fruto fecundo de sus apariciones en Fátima.

Así, una vez más, el corazón de una madre es el faro seguro que ilumina las mentes de los hombres de nuestro tiempo, unos, ensoberbecidos en la confianza excesiva de sus propias fuerzas y, otros, desesperados de que Dios

no pueda más que castigar al mundo con su destrucción. Al calor del Corazón Inmaculado de María se entiende bien la centralidad del misterio de Cristo en la creación entera: “Que Dios le resucitó entre los muertos, le sentó a su derecha en los cielos, por encima de todo principado, potestad, poder y dominación y de todo nombre, no sólo en este mundo, sino también en el futuro. Y todo lo puso bajo sus pies y lo dio como cabeza sobre todo a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos”⁶. Así se afirma la verdad sin reducir las expresiones bíblicas al milenarismo carnal, ni haciéndolas vaporesas como una religión no encarnada, en una Jerusalén que no “desciende del cielo”⁷ hasta las últimas realidades económicas y políticas, artísticas y científicas, familiares y sociales.

Animemos la gozosa esperanza de aquel día en que toda la tierra estará llena, “como llenan las aguas el mar”¹², del reconocimiento de que, por la súplica del Corazón Inmaculado de María, “la creación entera habrá consumado el parto de la liberación de los Hijos de Dios”¹³ en Cristo Jesús, Señor nuestro, Rey de reyes y Señor de señores.¹⁴

¹ Citado por Santo Tomás en *Contra Gentes* L4, C7.

² Lc 18,27.

³ “El nombre de la paternidad de San José. José M^a Solé Romá C.M.F. “Iglesia-Mundo”, marzo 1991.

⁴ “Dios, en el correr de los siglos, ha puesto de manifiesto clara y espléndidamente que María sola, la santísima Virgen Madre de Dios, ha terminado con todas las herejías, y así lo canta ahora con toda razón la santa Iglesia”. (Pío XII, Epist. apost. “Cunctas haereses”, 20 de junio de 1946).

Numerosas citas pueden verse en “Doctrina Pontificia, Documentos Marianos, B.A.C. n^o 128, índice alfabético: “Victoriosa”.

⁵ Jn 2,1-12.

⁶ Ef. 1,20-23.

⁷ Ap. 21,1-5.

⁸ Lc 1,48.

⁹ Ap. 13,5-7.

¹⁰ Ap. 14,6-7.

¹¹ Ap. 5,11-14.

¹² Is. 11,9.

¹³ Rm 8,21-22.

¹⁴ Ap. 19,16.

PIO IX: ¿UN PAPA “INOPORTUNO”?

BEATO IN PECTORE

por TOMMASO RICCI

De la revista 30 Días

Desde hace tiempo todo está listo para la beatificación de Pío IX. Incluso una comisión especial secreta ha confirmado la oportunidad de su elevación a los altares. Pero por el momento se prefiere esperar. ¿Por qué?

“Ego vox clamantis de Vaticano...” dijo una vez de sí mismo Pío IX, el último Papa-Rey, pero también el primer pontífice “moderno” de la historia de la Iglesia católica. Era diciembre de 1871, había pasado más de un año desde la ocupación de Roma y el Papa Mastai-Ferretti, despojado del poder temporal, se había retirado, prisionero voluntario, al Vaticano, de donde no volvió a salir. Pero no por esto el Papa perdió importancia. Al contrario, su voz continuó vibrando con creciente autoridad en la Iglesia universal y alrededor de su figura se consolidó la fama de santidad que ya lo acompañaba. Su gran amigo Juan Bosco comentó a su muerte: “Sin duda dentro de muy poco tiempo estará en los altares”. Si la referencia al tiempo se ha demostrado excesivamente optimista, el hecho evocado por la predicción es, en cambio, de actualidad.

El pontificado más largo (32 años, de 1846 a 1878) de la Iglesia ha vuelto a interesar recientemente con ocasión de la publicación del tercer y último volumen del historiador jesuita Giacomo Martina (*Pío IX*, Editorial Universidad Gregoriana). El interés se ha dirigido también a la todavía más larga causa de beatificación, comenzada en 1907 con la fase instructoria y que hasta hoy no ha llegado a la meta. ¿Cuánto tiempo y qué es lo que falta todavía para la beatificación de Pío IX?

Juan Pablo II es el primer Papa que puede realizar este acto solemne. Sólo bajo su pontificado (en 1985) se decretaron las virtudes heroicas (paso ineludible para toda causa ordinaria) de Giovanni Maria Mastai-Ferretti, y también se reconoció la autenticidad del milagro necesario para obtener el título de beato. Este último fue establecido en 1986. Según la norma, llegados a este punto la Congregación para las Causas de los Santos somete a la aprobación del Papa el resultado positivo de sus trabajos y acuerda con él el calendario de la ceremo-

nia, cuestión de pocos meses. Pero en el caso de Pío IX el *iter* de la causa, accidentado desde el principio, se prolonga. En 1987 se constituye una comisión especial compuesta por 7 miembros, que se reúne cuatro veces, con el encargo, no ya de realizar un suplemento de las investigaciones, sino de considerar la “oportunidad” de proceder a la beatificación del “Papa de la Inmaculada”. Es una práctica insólita, ya que en teoría el milagro sucede precisamente para comunicar el *placet* divino al juicio humano sobre la santidad de una persona. El padre Martina, consultor de la Congregación, formaba parte de esta comisión especial; a él se le encargó la tarea de ilustrar con un cuestionario los motivos contra la beatificación de Pío IX; sobre éstos se expresaron después todos los miembros.

Las conclusiones fueron inequívocas: 5 miembros a favor de la beatificación, uno a favor *iuxta modum*, uno contrario. Este último es el voto de Martina, quien nunca escondió su opinión al respecto: para él, Pío IX tiene muchos méritos pero no tiene que ser proclamado santo. Se le puede “venerar en silencio” pero no señalarlo públicamente como ejemplo para los cristianos. ¿El motivo? Según Martina son varios: 1) La opinión pública, sobre todo en Italia, reaccionaría con hostilidad debido a la oposición de Pío IX a la unidad de Italia; 2) El diálogo de la Iglesia con el mundo de hoy sería obstaculizado por la condena que se hacía en el *Syllabo* de algunas ideas modernas, hoy dominantes; 3) Se reforzarían dentro de la comunidad eclesial las tendencias reaccionarias lefebrianas, que rechazan el Vaticano II remitiéndose al Vaticano I. Pero estas objeciones de Martina no convencieron a la mayoría de la comisión, que replicó que también otras beatificaciones causaron polémicas. Basta recordar las de Edith Stein, Rupert Mayer, Niels Stensen. Además existe el precedente de una canonización que provocó una protesta diplomática: la del Papa Gregorio VII, proclamado santo por Paulo V en 1606. Aquella canonización de un Papa que había defendido denodadamente la *libertas ecclesiae* se hizo en una época de absolutismo, y muchos gobiernos prohibieron la celebración litúrgica de tal festividad, pero el Papa



M. Serra Godoy

Benedicto XIII reaccionó con dureza declarando nulas aquellas disposiciones. “La oportunidad de una beatificación o canonización —se lee en el *votum* de un miembro de la comisión— no depende del aplauso general de la opinión pública, sino de la consideración de que pueda ser aconsejable o necesario para la situación de la Iglesia y del mundo el poner el acento en las verdades de fe y virtudes que distinguieron la vida de un Siervo de Dios. Sería un error basar en el aplauso o la protesta los criterios de una decisión magisterial y pastoral”.

Las contestaciones a Martina —como exponente principal del “no”— no se terminan aquí. En el mismo *votum* se señala que con respecto al *Sillabo* (1864) —el documento con el que el pontífice condenó algunos errores modernos (racionalismo, naturalismo, indiferentismo, liberalismo, socialismo, sociedades secretas) que hoy ya no se perciben como tales— éste, depurado de algunos elementos contingentes, sigue siendo actual. “Exceptuando el panteísmo, en el *Sillabo* se condenan errores que también hoy amenazan la fe y la vida de la Iglesia”. Con respecto a la objeción de tipo político-eclesiástico (elear a los altares a Pío IX significa reforzar a los lefebvrianos en su oposición al Vaticano II): “para éstos la beatificación de Pío IX podría ser una señal que el Vaticano II y los últimos pontificados nos constituyen una ruptura, sino que son continuos y coherentes con la tradición eclesiástica. Y también con Pío IX, quien condenó, y no sólo en el *Sillabo*, un equivocado concepto liberal de libertad religiosa, como asimismo los errores del indiferentismo y del latitudinarismo, contra los que hay que seguir combatiendo hoy. No pocos tradicionalistas de buena voluntad podrían de esta manera volver a la Iglesia. El momento parece favorable, ya que el movimiento tradicionalista se está dividiendo cada vez más, y en este proceso toma formas radicales... Quizá la beatificación de Pío IX sería para ellos como una invitación a volver”. Estas palabras fueron escritas un año antes de la dramática ruptura de Lefebvre, en el verano de 1988.

La comisión no se ha limitado a rebatir las motivaciones *pro inopportunitate*, sino que ha intentado ilustrar a Juan Pablo II las razones que harían deseable este acto en la situación de hoy. En primer lugar la vida de Pío IX es un impresionante testimonio “de fidelidad a los valores de la fe y de la vida cristiana” (se lee en la relación final) y esto, en un momento en que las tendencias mundanas han entrado en la Iglesia, podría constituir el principio de una reacción a esta penosa situación. Pío IX es además el Papa a quien la Iglesia debe la definición dogmática de la Inmaculada Concepción (1854: cuatro

años después la Virgen apareció en Lourdes confirmando el título que le diera Pío IX), deladora de todas las herejías; y de la definición de infalibilidad del Papa, garantía última de la unidad de la Iglesia. No hay que olvidar que el pontificado de Pío IX, que sólo se recuerda por que supuso el fin del poder temporal del Papado, fue un período de enorme empuje para la Iglesia universal: la devoción popular (por ej. al Sagrado Corazón de Jesús) aumentó, se crearon innumerables congregaciones religiosas, la vida del clero fue purificada y disciplinada, se reconstituyó la jerarquía en Inglaterra, Holanda y Estados Unidos; San Hilario, San Alfonso de Liguori y San Francisco de Sales fueron proclamados doctores de la Iglesia.

Las conclusiones positivas de la comisión están paradas desde hace más de tres años en el despacho de Juan Pablo II. Es natural que se quiera saber cuál es la opinión personal del Papa Wojtyla, elegido al solio de San Pedro en el centenario de la muerte de Pío IX, acerca de su predecesor. Nos es de ayuda la carta que como arzobispo de Cracovia envió el 17 de enero de 1978 para la celebración del centenario: “Su largo pontificado, durante el cual gobernó la Nave de San Pedro con espíritu de fe intrépida y de gran caridad, tiene mucho que decir a los hombres de nuestro siglo. Somos testigos de una lucha dura entre el Espíritu de Cristo y el “espíritu de este mundo”, que trata con todas sus fuerzas de apoderarse del alma y del cuerpo del hombre contemporáneo”. El cardenal Wojtyla ilustra después los profundos lazos de carácter histórico que unen a Pío IX con la nación polaca, a la que Mastai-Ferretti siempre defendió, especialmente desde las persecuciones rusas, convocando en Roma en 1863 públicas súplicas. Pío IX fue recibido en aquellos días en Santa María la Mayor al grito de “*Vivat Pius IX, defensor Poloniae*”. Tres años después, visitando el Colegio Polaco que él mismo contribuyó a reconstruir, dijo afectuosamente a los presentes: “Este pueblo polaco es un poco bueno pero también un poco malo; ha tenido que tener muchas culpas para que Dios lo castigue así, pero también Dios lo quiere porque *quem Deus diligit, castigat*”.

Por lo tanto si Karol Wojtyla es un ferviente admirador de Papa Mastai-Ferretti, ¿cómo se puede explicar su vacilación? En el reciente libro *Making Saint* (Simon & Schuster, 1990) del periodista estadounidense Kenneth Woodward, al que en el Vaticano se le han abierto muchas puertas para su investigación sobre el cómo la Iglesia católica crea sus santos, se lee: “El Papa tiene problemas con la causa. Los problemas, me han dicho, son principalmente políticos. Todavía hoy los círculos liberales y anticlericales italianos consideran a Pío IX

como el pontífice retrógrado que se opuso a la unidad de Italia. Es natural que algunos cardenales y otros miembros de la Curia teman una beatificación que disgustaría a este influyente sector de la opinión italiana y provocaría así más daños que beneficios a la Iglesia italiana". Responde indirectamente a esta opinión la relación final de la comisión: "Renunciando a la beatificación no se conseguiría que éstos estudiosos, hombres políticos, adversarios de la Iglesia, rectificaran su actitud hostil, bien conocida, sino que éstos verían en esta retractación una aprobación de su actitud laicista y antijerárquica. Con esta actitud de renuncia, la Iglesia nunca los ganaría para la causa buena y justa". Con otras palabras, "las razones de los que la consideran inoportuna —prosigue la relación— son de inspiración naturalista y racionalista y algunas veces incluso típicamente laicista, que no consideran las razones de inspiración teológica de una pastoral sobrenatural y eclesiástica".

Pero las objeciones políticas a la beatificación de Pío IX no son las únicas, según Woodward. "Es razonable pensar que la beatificación turbaría también a la Iglesia universal, sobre todo en las democracias occidentales" escribe en *Making Saints* y aduce como motivación el *Sillabo* y el dogma de la infalibilidad, obstáculo a la colegialidad y al ecumenismo. Además "hay problemas más actuales que la beatificación de Pío IX — declara a *30Días* el profesor Martina—. Pienso en el drama del aborto, en la droga, en la mafia". El sueño de Juan XXIII que quería beatificar a Pío IX por aclamación al final del Concilio Vaticano II, ¿seguirá siendo sólo un sueño? Es difícil responder. Pero es seguro que con el

pasar del tiempo la figura de Papa Mastai-Ferretti está destinada a adquirir actualidad. No tanto por sus actos concretos, evidentemente relacionados con contingencias históricas que hoy ya no existen, sino por sus opiniones sobre la condición fundamental de la Iglesia en el mundo contemporáneo: "Mirad a la sociedad tal y como es y veréis que ya no es *ciega* como antes, sino *apóstata*, y por eso es más difícil que pueda escuchar la voz de Dios y de la Iglesia, porque ninguno como el apóstata tiene sobre sí la reprobación de Dios".

A causa de sus juicios críticos, se le reprocha a Pío IX la incapacidad de dialogar con el mundo moderno, pero en esto el "retrógrado" pontífice era de la misma opinión que su gran contemporáneo y admirador John Henry Newman, a quien, sin embargo, se le reconoce su "apertura a la modernidad", estando ya su causa a punto de terminar (falta solo el milagro): "Hay que tener presente que en la teoría liberal hay muchas cosas buenas y verdaderas —escribe el convertido inglés—... solamente cuando vemos que este conjunto de principios quiere sustituir o excluir a la religión lo definimos malvado. Nunca se dio en el pasado que el plan del enemigo fuera proyectado tan astutamente, ni con semejantes promesas de éxito". "Durante 30, 40, 50 años resistí con todas mis fuerzas al espíritu del liberalismo. La Santa Iglesia tiene más necesidad que nunca de ser defendida de este error, actualmente difundido y al acecho por toda la tierra(...) El carácter general de esta gran apostasía es único e idéntico en todas partes, pero cambia en los detalles según los países"



III CONGRESO DE LA SOCIEDAD INTERNACIONAL TOMAS DE AQUINO

CRONICA DEL VIAJE A ROMA DE DIVERSOS MIEMBROS DE LA SITA (SOCIEDAD INTERNACIONAL TOMAS DE AQUINO) DE BARCELONA

En la mañana del día de la Merced, hacia las ocho. Emprendemos el viaje hacia Roma desplazándonos hasta el nuevo Aeropuerto Internacional de Barcelona, quizá más llamativo y vistoso que funcional y práctico. Facturamos el equipaje con el tiempo suficiente. Van llegando los demás miembros del grupo hasta sumar los diecinueve. Los profesores Francisco Canals, Eudaldo Forment y José M^a Romero son los primeros en llegar, acompañados por Gregorio Peña y conducidos amablemente por el padre de éste. Llegan al poco el Prof. José M^a Petit, Santiago Fernández Burillo, Ignacio Guiu, Pau Giralt y José M^a Montiu. Más tarde llega Narcís Torres desde Palma. Esperamos que Margarita Mauri y Misericordia Anglès, así como Francesc Torralba, Paqui Tomar y su hermana Luisa estén ya en Roma desde la víspera y sin novedad. Esperamos encontrar también allí al matrimonio Azcoaga, que habrán venido desde San Sebastián, así como al Prof. Armando Segura y a su esposa, quienes volaban hoy también desde Granada a Roma.

Con tan buenos augurios emprendemos el vuelo en aquella mañana soleada. Hacia la mitad del viaje y después del desayuno servido a bordo, puede adivinarse la costa de Cerdeña bajo un mar de nubes. Ya pronto divisaremos la costa italiana para aterrizar en el Aeropuerto romano "Leonardo da Vinci". Finalizados los trámites de aduana, recogemos el equipaje y nos repartimos en grupos para dirigirnos a nuestro alojamiento. El grueso va a Villa Letizia, regentada por las religiosas españolas Hijas de María que ya nos acogieran en otra ocasión. El taxi nos lleva en pocos minutos desde el Aeropuerto por un Cinturón. Es cerca de la una. Luce un sol espléndido y no hace menos calor que en Barcelona. Nos instalamos en las habitaciones limpiísimas y soleadas. Tras asearnos, vamos bajando para salir. Ahora sí: ¡por fin hemos llegado, gracias a Dios!

La inauguración del III Congreso de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino (S.I.T.A.) tendrá lugar a las cuatro de la tarde en el Largo Angelicum, sede de la

Universidad de Santo Tomás. La egregia figura del Santo, frente a la de su maestro San Alberto, preside la entrada del viejo caserón en el centro de Roma, a dos pasos del Palacio del Quirinal, sobre una colina. La vieja Universidad posee varios claustros, alguno con un hermoso jardín dedicado a San José. El mayor de esos claustros, de planta cuadrada, dará acceso a las Aulas donde se desarrollarán las Sesiones Particulares y donde tendrán lugar las Lecturas de las comunicaciones por nosotros presentadas, tal y como lo anuncia el Programa oficial del Congreso, que se nos facilita con el resto de de la documentación unos minutos antes de su inauguración en el anfiteatro de la enorme y circular Aula Magna, levantada sobre la Biblioteca, donde van a tener lugar todas las Plenarias de mañana y tarde.

Figuran inscritos trescientos congresistas, de los cuales asistirán regularmente las dos terceras partes. Tras unas palabras de bienvenida del Director de la S.I.T.A., el dominico español P. Abelardo Lobato, y una explicación general sobre el funcionamiento del Congreso, toma la palabra el Cardenal Hamer, Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, para centrar los objetivos del Congreso en la renovación, rejuvenecimiento y nueva vida de la moral contemporánea, tomando como rejuvenecimiento y nueva vida de la moral contemporánea, tomando como referencia las enseñanzas éticas de Santo Tomás de Aquino. Sus palabras, de elevado tono espiritual, conectaron muy bien con las del Prof. Francisco Canals al proclamar el compromiso de nuestra tarea intelectual, sirviéndose para ello de las escogidas palabras del también Cardenal John Newman. En el ínterin el P. Cornelio Fabro, autoridad indiscutida del tomismo, y hasta entonces Presidente de la S.I.T.A., se había referido a los libros presupuestos doctrinales que habían de guiar a la auténtica investigación filosófica.

Al finalizar el Acto, los congresistas presentes fueron saludados en cada uno de sus idiomas respectivos. El

Prof. Eudaldo Forment saludó a los asistentes de habla española, siendo muy notable nuestra presencia al aunar a los representantes de ambos lados del Atlántico.

En la mañana siguiente, la Sesión Plenaria centraba el primer Tema del Congreso en la *Ética y conciencia* con tres ponentes de altura: el P. Georges Cottier, Teólogo de la Casa Pontificia, Horst Seidl, Profesor en la Universidad Lateralense, así como el Presidente de la S.I.T.A. en España, el P. Victorino Rodríguez. A media mañana, después de las once y tras el obligado descanso, se inician las primeras lecturas del grupo: José M^a Petit (“El concepto de naturaleza y la fundamentación de la ética”), Francisca Tomar (“El fin último del hombre y la contemplación en Santo Tomás”), Santiago Fernández Burillo (“El lugar del respeto en la filosofía de los fines”) y José M^a Montiu (“Teoría de Modelos y filosofía de la liberación”). A la misma hora tenía prevista su lectura nuestro compañero Juan García del Muro (“Ética y metafísica del conocimiento”) quien no pudo asistir.

Por la tarde, tras animada comida en grupo en una *trattoria* cercana, nueva Sesión Plenaria bajo el segundo Tema del Congreso, *Ética, Ciencia, Técnica*, donde el Prof. Enrico di Rovasenda tuvo una excelente intervención después de la del Prof. Louis Vereecke, y antes de la del Card. López Trujillo. De nuevo Sesiones Particulares con las lecturas de la Prof. Margarita Mauri (“Conciencia y elección”) presidiendo la Mesa del Aula 2 sobre *Ética y conciencia*, así como de la Dra. Misericordia Anglès (“Conciencia y conocimiento moral”). El Prof. José M^a Alsina (“Ley, justicia y amistad. Reflexión sociológica”) tenía prevista su intervención en esa misma tarde.

Tras la cena al llegara a la residencia, nuestra estancia en Roma se relaja por unas horas. Conversamos tomando el fresco en el jardín, a los pies de la *Madonna*. Algunos aprovechan para llamar a sus casas. Cunden los murmullos de los otros residentes a medida que la noche avanza. En santa paz hablamos y rezamos el rosario. Después nos acostamos.

Jueves, paso del ecuador. El día ha amanecido obscuro. Llueve a ratos y desplazarse hasta el centro se nos hace interminable. Cae una lluvia menuda y fina que se va de golpe al paso las nubes; al llegar a la Plenaria, Wolfgang Kluxen, de la Universidad de Bonn, está hablando de la vertiente social de la ética, y no hemos podido oír a Armando Rigobello que iniciaba el tercer Tema del Congreso, centrado entre *Ética y Cultura*. El último ponente de la mañana, el Prof. Battista Mondin, apuesta sin miedo por la ética cristiana en la sociedad del futuro. Sus ojos vivos tras los sencillos lentes y su perilla blanca y puntiaguda resaltan sobre su tez rosada. Aunque

muchos no lo sepamos todavía, esta tarde va a ser nombrado Presidente de la S.I.T.A. en sustitución de Fabro.

Llega el turno a las lecturas tras la consabida pausa. Leen Francesc Torralba (“La desigualdad y el amor de amistad. Analogías entre Santo Tomás y Kierkegaard”), Gregorio Peña (“Definición moral y ultimidad del hombre”) y José M^a Romero (“El fundamento ético de la ciencia”). Sin apenas discusión entre ponencias y rebasando siempre el tiempo que se había previsto, llega la hora de comer y nuestro grupo se divide para acudir ya sea al lujoso pero asequible restaurante de unas conocidas misioneras, ya sea a la *trattoria* de otras veces.

La tarde se destina a la renovación de los cargos de la S.I.T.A. Previamente, el Secretario P. Ols hace balance de estos últimos años. Los doscientos socios que están al corriente del pago son sólo una cuarta parte de los muchos amigos y simpatizantes con que cuenta la Sociedad en todo el mundo. Se hace mención de las nuevas filiales que han ido apareciendo en estos últimos años y se van presentando algunos socios de Chile, Ecuador, Perú, México, Irlanda, Polonia, Limoges, Madrid, Barcelona, Ferrara o Roma. El P. Ols no deja de poner de realce nuestra bien nutrida representación barcelonesa, sin duda la más numerosa fuera de la Urbe. En cuanto a los cargos, el P. Fabro pasa a Presidente Honorario por razón de edad. Como se ha adelantado ya, el P. Mondin es elegido nuevo Presidente de la S.I.T.A. Con gran alegría por nuestra parte, el Prof. Francisco Canals es elegido Vice-Presidente. Son reelegidos para sus cargos el Director y el Secretario, satisfaciendo con ello los deseos de todos los socios allí presentes, pasando a completar seguidamente el cuadro de los Consejeros, entre cuyos nuevos nombramientos destaco los del jesuita P. Bertrand de Margerie, el Prof. Horts Seidl y Luis Clavell del Ateneo Romano de la Santa Cruz.

El viernes por la mañana, último día, estaba prevista la presencia de Bettino Craxi, Secretario General del P.S.I., en la cuarta Plenaria sobre *Ética y Economía*; mas a última hora fue substituido por un colaborador suyo que leyó su aportación al problema de la deuda externa en los países subdesarrollados. Aproveché esta ausencia para ir en busca de un par de libros que necesitaba, aunque no pude dar con ellos. Seguía lloviendo a rachas a lo largo del Corso Vittorio Emmanuele. Volví justo a la hora de la lectura de las comunicaciones. El Prof. Eudaldo Forment (“Ética del bien y ética de los valores”) presidía la Mesa del Aula 3, dedicada a la Ciencia y a la Técnica. Al mismo tiempo, el Prof. Armando Segura (“El papel del intelectual en un mundo sin moral”) presidía otra Mesa en el Aula 11, a donde acudí más tarde

BENE SCRIP-
SISTI DE ME
THOMA



para asistir a la lectura de Narcís Torres ("La pseudo-ética del hombre moderno") que cerraba aquella mañana el ciclo de conferencias en aquella aula cuidada, en cuyo suelo el mosaico dibujada un árbol de la ciencia con la sentencia del Salmo (III, 10): el temor de Dios es el origen de la sabiduría.

Para esta tarde está anunciada la ponencia del Presidente del Consejo de Ministros, Giulio Andreotti, en la Sesión de Clausura de este III Congreso. Se ruega la máxima puntualidad para asistir al acto a partir de las siete de la tarde, en especial a quienes deban leer aún sus comunicaciones.

A continuación se inicia el quinto y último Tema del Congreso, *Ética y política*, con la participación de los ponentes Profesores Giannino Piana, Raimondo Spiazzi y Juan Vallet de Goytisolo. Monseñor Tettamanzi, Secretario de la Conferencia Episcopal Italiana, termina con las Sesiones Plenarias recordando de nuevo el valor intrínseco de la ciencia o de la técnica. A continuación siguen las lecturas de Ignacio Guiu ("Metafísica del alma y secularización de la sociedad"), Ignacio Azcoaga ("El pecado, causa de la infelicidad el hombre") y Pau Giralt ("Ética y felicidad"), entre otras. Con las cautelosas palabras del jefe de gobierno italiano llamando a una más justa distribución de la riqueza entre los países pobres, y con los mejores deseos del P. Lobato para todos nosotros en los próximos años, se da por concluido el Congreso y nos despedimos hasta mañana a las once treinta ante el *Porte di Bronzo* del Vaticano, para asistir a la Audiencia del Santo Padre.

A las nueve de la mañana del sábado estamos ya en la Plaza de San Pedro. Hace un día espléndido, y algunos aprovechamos para visitar los museos del Vaticano, que aún no conocemos. Una elegante doble rampa circular de bronce nos pone a las puertas del Museo. Hay que elegir itinerario, pero todos estamos de acuerdo con que hay que ir a la Capilla Sixtina. A mitad del recorrido y en un rincón de una pequeña estancia, damos con la pintura que Fray Angélico hicieron de Santo Tomás de Aquino, quien parecía sonreír ahora a nuestro grupo. Después de atravesar incontables salas y pasillos, llegamos a la célebre Capilla. Estaba llena de gente, de pie o sentada, que no paraba de hablar como si estuviera en un mercado. La bóveda se hallaba pintada con tonos muy claros para ganar en visibilidad a las paredes laterales, atiborradas con obras de Boticelli y otros autores. A la vuelta atravesamos otra larga galería repleta de esferas simila-

res y otros instrumentos científicos. Comentamos que, en el fondo, toda gran cultura es siempre obra de la Iglesia.

Junto al *Portone* se va formando ya el grupo. Tras los controles obligados de seguridad, ascendemos por una larga escalinata suavemente iluminada hasta la Sala Clementina donde se nos acomoda. Aguardamos un buen rato. Su Santidad Juan Pablo II, Socio núm. 1 de la S.I.T.A., aparece de pronto, amable y sonriente, saludando al Consejo Directivo y a todos los demás, fotografiándose con todos al finalizar su parlamento, excusándose de no haber sido más activo en el Congreso. Nos anima a todos a seguir con nuestro estudio. Su voz firme y bien timbrada inspira confianza. Por los cristales ámbar de la Sala se filtra una vez suave que da al conjunto un equilibrio sereno. Después de hacer las fotos, nos vamos retirando tras el Papa.

Comemos cerca, todos juntos. sólo nos queda esta tarde para visitar algo de Roma. Algunos decidimos visitar las catacumbas de San Sebastián, allá lejos, en la Vía Apia. Llegamos en autobús después de visitar San Juan de Letrán, todo oro y lejanía. Aun siendo de cortas dimensiones, el interior de una catacumba sobrecoge. Es todo estrecho, de techo bajo, excavado de hoquedades a un lado y otro, por interminables pasillos laberínticos bajo la arena roja. De pronto, algún cruce de galerías se abre una par de metros más. A cada lado discurre otro universo de galerías que suben o que bajan sin saber adónde. Pienso en los romanos que aquí sufrieron persecución. La Iglesia católica y las catacumbas de hoy es el título de una obra de Alberto Caturelli. Quizá hoy también nuestra vida de cristianos se ha vuelto un poco catacumba, subterránea y escondida. Perseguida. Miro estas paredes milenarias y pienso que ojalá no haya que volver a ellas.

De vuelta al centro visitamos la iglesia de San Ignacio de Loyola. San Luis de Gonzaga se halla enterrado en una tumba de lapislázuli. Santa Catalina de Siena se halla enterrada en Santa María Sopra Minerva, residencia de algunos dominicos que están al cuidado de ese templo. Últimas horas de asueto, ya de anochecido. Pizza típica, helado típico y café típico. Una noche más en el jardín saboreando las últimas horas en Roma. Recuerdo a la familia. Ya es hora de volver a casa.

José M^a ROMERO BARÓ

CURSOS DE BALMESIANA

Filosofía, Teología, Sagrada Escritura. Lengua i Literatura catalana. 1991-1992

CURSO DE FILOSOFIA

Se ha distribuido la materia del curso de Filosofía en tres años, cuyo contenido y orden es el siguiente:

Iº Introducción a la Filosofía. — Nociones de lógica. — Filosofía de la Naturaleza. — Historia de la Filosofía griega y Medieval

IIº Metafísica. — Historia de la Filosofía desde el Renacimiento hasta Kant.

IIIº Filosofía Moral o Ética y Filosofía Social. — Historia de la Filosofía desde Kant hasta nuestros días.

Este año se exponen las materias del tercer curso a cargo de los Profesores José Manuel Moro y Enrique Martínez.

Durante el curso se realizarán los miércoles algunos seminarios especializados a cargo de los Profesores de la Universidad, como complemento a estos cursos.

CURSO DE TEOLOGIA

El P. Francisco de P. Sol explicará la Escatología.

CURSO DE SAGRADA ESCRITURA

El P. Sebastián Bartina continuará comentando diversos libros del Antiguo Testamento.

LLENGUA I LITERATURA CATALANA

Enguany el curs acadèmic estudiarà la teoria i pràctica de la poètica catalana. Anàlisi d'autors seleccionats.

DIAS Y HORARIOS DE LAS CLASES

— Las clases se tendrán cuatro días por semana,

lunes, martes, jueves y viernes; en los locales de Balmesiana (Duran i Bas, 9).

— Empezarán las clases en *octubre*, el día 24, jueves, y terminarán los primeros días de junio.

ESQUEMA DE HORARIOS

Martes	Jueves	Viernes	día a convenir
7.40-8.50	7.40-8.50	7.40-8.50	horario convenir
Filosofía	Teología	Sagrada Escritura	Català

Estos horarios señalados como normas vigentes en principio, podrán ser algo modificados según indique cada Profesor.

OBSERVACIONES

1ª — La matrícula será de 3.000 pesetas por curso. Se abonará durante la primera quincena de clases.

2ª — Al fin de curso se expedirá a los asistentes que lo pidan un Certificado de asistencia. A los que pidan examen, CERTIFICADO DE COMPETENCIA, según los estudios realizados.

3ª — Se puede asistir con provecho a un curso del ciclo sin haber asistido a los anteriores.

4ª — Los asistentes a estos cursos convendrán con los Profesores la manera y los días y horas de reunión, para que los que lo deseen puedan hacer trabajos complementarios de Seminario y Tesina, que merecerán mención especial en la calificación final.



CRISTIANDAD desea una Santa Navidad a todos sus lectores, en el recuerdo y presencia de su dibujante Ignacio M^a Serra Goday